Gilbert K. Chesterton

LA SUPERSTICIÓN DEL DIVORCIO

seguido de

DIVORCIO *VERSUS* DEMOCRACIA

Lo más característico de G. K. Chesterton es su capacidad de hacernos ver de nuevo y con ojos asombrados lo que la costumbre nos había vuelto invisible. Es una agilidad suya -inesperada- de ponerse y ponernos a hacer el pino para descubrir el espectáculo del mundo colgando de los aires. Si pudo revolear la rutina de la vida ordinaria, también la del ordinario pensamiento, donde la rutina es mucho más revoleable. Este ensayo nos lo demuestra sin ambages, al menos a efectos retroactivos. Puede que en el momento en que Chesterton escribió estas páginas el divorcio estuviese en el centro del debate social; hoy es algo completamente asumido incluso por quienes lo rechazan en el plano íntimo de sus creencias personales. Estas páginas vienen, pues, a reponer el divorcio en el centro de la reflexión y de la confrontación, incluso; lo que resultará vivificante. El título no deja lugar a engaños: frente a lo establecido y respetable que hoy es el divorcio, tan legalizado y consuetudinario, Chesterton se arranca con la etiqueta de la superstición, nada menos. Sugiriendo que, accidentes aparte, el matrimonio es lo sagrado, lo real, lo claro, lo permanente.

G. K. Chesterton

La superstición del divorcio

seguido de Divorcio versus Democracia

ePub r1.0
Titivillus 26-10-2023

Título original: *The superstition of divorce*
G. K. Chesterton, 1920
Traducción: Aurora Rice Derqui

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

TOTUM REVOLUTUM

CHESTERTON es un elefante en una cacharrería. O sea, un espectáculo. Un espectáculo, al menos, para quienes conservan el espíritu de la infancia, pues los que han crecido acostumbran a ser o bien partidarios del orden establecido, específicamente en las cacharrerías, o bien partidarios del desorden generalizado, esto es, de meter al elefante en la escuela, en el ayuntamiento y en la iglesia. Para colmo, la cacharrería donde retoza Chesterton se llama «Modernidad» y, aunque Gilbert Keith Chesterton llevaba, para regocijo de sus lectores, más de un siglo dentro, alborotándola, ha sido en estos últimos años que a un público mucho más amplio ha comenzado a hacerle gracia, en gran medida porque la cacharrería está pidiendo a gritos una demolición por peligro de derrumbe. De pronto, todos se han dispuesto a editar o a reeditar sus libros en una especie de carrera de elefantes que los lectores agradecemos de corazón y que recuerda bastante a esas persecuciones alocadas, como de cine mudo, que tanto abundan en sus novelas.

Ocurre, sin embargo, que hay quienes no quisieran llevar la crítica hasta sus últimas consecuencias, aunque ven que esto de la modernidad tiene, como mínimo, sus alarmantes goteras. En el fondo, les interesa mantener las ventajas particulares y las facilidades que la modernidad les ha ido dando. Ésos, que no tienen un pelo de tontos, repiten ahora que Chesterton es un escritor admirable por su estilo literario, tan chispeante y paradójico. Sus opiniones, en cambio, les parecen muy discutibles, lo cual sería maravilloso y un homenaje al propio talante del polemista inglés, si no fuese una manera taimada de no discutirlas en absoluto.

Tal vez esto explique por qué este libro, formado por *La superstición del divorcio* (1920) y por su evidente embrión ideológico, *Divorcio vs. Democracia* (1916), haya sido hasta ahora una rareza editorial y, tal y como se presenta aquí, con los dos títulos unidos, resulte una auténtica primicia, a pesar del actual auge chestertoniano y de la creciente actualidad del tema, cuyas estadísticas abruman. En realidad, resulta más bien la propia actualidad del tema de este libro, paradójicamente, lo que lo ha venido dificultando su publicación.

Uno tiene ganas de glosar largo y tendido el texto que usted sostiene entre las manos, y de admirar sobre todo la indudable capacidad de Chesterton de hacer que volvamos a plantearnos un asunto que socialmente tenemos bastante admitido. Pero lo más útil será que, en vez de chafarle los inesperados argumentos de Chesterton, intente explicar por qué resulta especialmente escandaloso para los conservadores de la modernidad, limitándome, pues, a lo único que no pudo hacer Chesterton: ver el asunto desde nuestro momento.

Él pensó que escribía algo muy pasajero: un panfleto —dice textualmente— basado en una recopilación de varios artículos periodísticos sobre el tema, desarrollados y completados hasta formar un volumen. Tanto es así que en ambos textos confiesa que el estilo es puramente periodístico. Empieza *Divorcio vs. Democracia*: «Me han pedido que transforme en panfleto este artículo un poco precipitado que salió en *Nash's Magazine*; así lo hago, con permiso del director». Tan efímero le parecía el asunto que lo enfrentaba con las armas del periodismo y nada más. Se equivocó, porque el divorcio no ha resultado, ni mucho menos, un tema pasajero. Chesterton, un optimista heroico, quiso creer que el divorcio no se impondría en la sociedad y que su refutación era una cuestión coyuntural que acabaría por resultar innecesaria.

A despecho de esas profecías, lo primero que salta a la vista de *La superstición del divorcio* es su pertinencia. Al contrario que en la mayoría de los libros, aquí lo único que ha envejecido son las digresiones, mientras que el corazón del ensayo palpita como en 1916 y en 1920 o más. La fuente de esta eterna juventud radica en que la argumentación de Chesterton no se hace tanto en contra del divorcio como a favor del matrimonio, que, a pesar

de los esfuerzos legislativos, no cambia. Las reformas, en realidad, reforman el divorcio, como la última en España, que aligera requisitos y plazos hasta conseguir el «divorcio exprés» o instantáneo, que es un nombre que hubiese dado un juego enorme a Chesterton. A pesar del tono fiero que adopta a veces, a poco que se lean estas páginas con atención se verá que, más que un epigrama, se trata de una loa constante del matrimonio e incluso —Chesterton es un romántico impenitente— del sacrificio.

Pero, como decía, de él hay quien pretende quedarse con el estilo, olvidándose de las ideas que defiende, que, según sus declaraciones, era lo único que G.K.C. se tomaba en serio. Aquí vuelve a insistir: «El estilo periodístico [de *Divorcio* versus *Democracia*], algo caótico, ya no lo puedo remediar. Las convicciones en las que se basa no cambian; son inalterables. De hecho, hasta donde las circunstancias han cambiado desde entonces ha sido para fortalecerlas». Pues bien, hacer ese juego de manos (la forma por aquí, el fondo para allá) es prácticamente imposible, porque *La superstición del divorcio*, como su denigratorio nombre indica, trata uno de los asuntos más sensibles (sentimentales, sensitivos) de la vida pública actual y porque lo hace con un desparpajo que no puede menos que ofender a los susceptibles portadores de los valores de la postmodernidad. Ellos dirán que lo que salta a la vista de *La superstición del divorcio* es su impertinencia.

Que en la obra de Chesterton, como en cualquier otra, es imposible separar el fondo de la forma, se ha dicho ya por activa y por pasiva. Lo dijo él cuando tituló una recopilación de ensayos *La cosa* (1929) o cuando en su *Autobiografía* (1936) habló de una sola llave con la que se abre todo el universo. Pero con tan poco éxito, por lo visto, que no estará de más volver a repetirlo aquí. Basta leer los poemas de *El fiero caballero* (1900), su primer libro reconocido, u *Ortodoxia* (1908), el ensayo en el que expone su programa ideológico, para darse cuenta de que la brillantez de esa prosa sorprendente nace de una visión deslumbrante de la vida y del mundo. Si alguien cree, como Chesterton, que cualquier acontecimiento es un auténtico milagro, es natural que cualquier prosa resulte un prodigio. Es la ley de los vasos comunicantes: al nihilista todos los versos, al fin y al cabo, sean más o menos brillantes, se le han de quedar en nada, cañas quemadas

de unos fuegos artificiales. Con análoga tautología, para nuestro autor, en cambio, todas las frases son oraciones, oraciones de acción de gracias, concretamente.

También se ha dicho que en la obra de Chesterton no hay grandes diferencias entre géneros: hay quien ha señalado que sus novelas son apologéticas y que sus apologías son narrativas, y quien ha llamado la atención sobre la posibilidad de que siempre escribiese poesía, habida cuenta de la importancia que en su prosa gozan las imágenes, las comparaciones, los retruécanos, las aliteraciones, los intertextos y la musicalidad del idioma. Leyendo estos ensayos, calificados por su autor de panfletarios, a uno le asalta la sospecha de que está, más bien, ante unos entusiastas epitalamios.

En verdad, está ante todo. Con Chesterton es tan difícil separar los géneros como unas ideas de otras. «Uno para todos y todos para uno», parecen exclamar sus argumentos, mientras entrelazan en lo alto sus espadas, como una cúpula. Leyéndole, uno se encuentra frente a un *totum revolutum* en el que cualquier cosa sostiene al resto y viceversa. Chesterton es el maestro de las enumeraciones caóticas. O católicas, porque en tamaña maraña es muy fácil, de nuevo paradójicamente, encontrar el hilo conductor y seguirlo a través del laberinto universal. La parábola chestertoniana de un hombre que para ir a su casa da la vuelta al mundo, no es sólo imagen de la conversión del propio Gilbert, sino también del camino que hemos recorrido nosotros cuando llegamos al final de cualquiera de sus párrafos.

La magia de Chesterton logra que sigamos estas argumentaciones planetarias sin cansancio, con creciente euforia. Sólo cuando miramos lo recorrido, sentimos el vértigo de cuántas vueltas… En este libro, para convencernos de que el divorcio es otra superstición más de una época que, por ejercer de escéptica, se cree cualquier cosa, Chesterton nos habla de los votos de castidad, de la política de Inglaterra, del romanticismo, de la realidad, de la Edad Media, del crecimiento de la población mundial, del patriotismo y de los nacionalismos, de las tragedias del matrimonio, de las tácticas del capitalismo, del socialismo, de la esclavitud y hasta de arquitectura, entre otras cosas. Y ninguna de estas etapas resulta baladí para la culminación de un argumento.

Eso no quiere decir que haya que compartir todo cuanto explica Chesterton, sino que hay que pensarlo todo. De no hacerlo, perderíamos el hilo que nos guía por el laberinto. Nuestra pereza busca autores con los que estar en completo acuerdo o en total desacuerdo para eximirse del ímprobo esfuerzo de sopesar teorías y argumentos. Esta tendencia se observa acusadamente en la prensa, por ejemplo, donde la cabecera tiende a ocupar el lugar que corresponde a la cabeza del lector. La única decisión crítica de éste es escoger qué periódico adquirir en el quiosco y ya, con la confianza que da tener entre las manos material afín, dejarse llevar por lo que se nos cuente. La exuberancia argumentativa y el derroche verbal de Chesterton hacen particularmente complicado el abandono perezoso del juicio. Uno tiene que estar ojo avizor, siguiendo los zigzags de los razonamientos con una mente ágil. Suele ocurrir que se le termine dando la razón a Chesterton, pues sus cabriolas, para nuestra sorpresa, se asientan en el sentido común. El hecho indiscutible de que Chesterton es un autor sorprendente demuestra que el tópico según el cual el sentido común es el menos común de los sentidos es extrañamente verdadero. Y cuando uno discrepa, lo hace con placer, pues, como dijo Borges, «no hay una página suya que no contenga una felicidad». Fíjense que Borges no discriminaba entre aquéllas con las que estaba de acuerdo y con las que no, que en su caso serían las más.

En el mío, son las menos; pero aún así, tengo que discutir detenidamente dos cuestiones porque el tiempo transcurrido les ha afectado tanto que, incluso al menos prejuicioso de los lectores, levantan suspicacias. Al prejuicioso, sarpullidos, me remo.

El primero, es el punto de vista que Chesterton tenía de las mujeres. Puede extrañar su oposición al sufragismo o, incluso, algún comentario aparentemente frívolo hacia cierto tipo leve de lo que hoy llamaríamos violencia doméstica. No hay que juzgar esas posiciones con la mentalidad de 2012. Chesterton era un rendido admirador de las virtudes del sexo femenino. No fue partidario de extender el voto a las mujeres porque, aunque democrático declarado, no fue tan admirador de las virtudes del sufragio universal. Pensaba que la labor de la mujer en el gobierno de las casas y las familias es mucho más importante y trascendente para la sociedad, y que requiere dedicación exclusiva, como ocurre ahora sin que

nadie se rasgue las vestiduras con muchos puestos de dirección en las empresas. Según Dorothy Collins, la secretaria que terminó siendo su hija adoptiva: «Él tenía una consideración mística de las mujeres», nítidamente reflejada en poemas como «La visión beatífica» o «Una determinada noche».

El comentario sobre los leves maltratos no es una insensibilidad hacia la suerte de las mujeres, sino una defensa cerrada de las familias pobres, muy propia de Chesterton, que no despreciaba ninguna comparación para ilustrar sus ideas, aunque pudiese sonar de pena. Un motivo constante de preocupación para él fue la propensión de la clase alta inglesa y de la clase media a imponer sus hábitos y baremos (un exquisitismo *snob* y un puritanismo estricto, respectivamente) a la clase baja, de modo que intentando solucionar algunos problemas le causaba males mayores. Por eso, siempre se opuso a todo tipo de ley seca, que castigaba especialmente a aquellos que no podían beber en sus casas; también a que retiraran la custodia a los padres pobres con demasiada diligencia; y también, como es el caso en este libro, a que se considerase como causa de divorcio una rudeza en el trato que era corriente por aquel entonces en los sectores sociales más desfavorecidos de Inglaterra. Como antes, uno puede no compartir el criterio, pero no cabe dudar de las intenciones de G.K.C., que veía en el divorcio un mal mayor y no una solución. Si ahora la delicadeza en el trato entre sexos se ha extendido a todas las clases sociales y la intolerancia a la violencia es cero, Chesterton seguro que se alegraría mucho y apuntaría sus cañones dialécticos a otro campo. Quizá, para no girar mucho su artillería pesada ni perderle la cara a la polémica, a la frecuencia con que se abusa en nuestros días de la denuncia de malos tratos como arma forense en los juicios de divorcio.

El segundo asunto peliagudo es que este libro peca de un despego poco delicado hacia los judíos que, desde nuestra época y sin más datos, es inadmisible. Si nos situásemos en 1920, la posición de G.K.C. resultaría menos escandalosa. En esos años, los judíos eran percibidos —también por ellos mismos— como un grupo intemacionalista en política, modernista en moral y capitalista en lo económico. A un Chesterton patriota hasta el localismo, tradicional hasta lo medievalizante y tan enemigo encarnizado

del capitalismo como del socialismo, tales posturas no podían menos que producirle rechazo. Además, en 1913, Cecil Chesterton, su querido hermano pequeño, había tenido un grave enfrentamiento periodístico y judicial, conocido como «El escándalo Marconi» con un financiero judío, Godfrey Isaacs. Nuestro autor siempre pensó que Cecil había sido perseguido injustamente, y su muerte en 1918, durante la Primera Guerra Mundial, no hizo más que reavivar el resquemor. Esto explica ciertos comentarios de Chesterton en *La superstición del divorcio*. Para seguir la evolución posterior del pensamiento chestertoniano, hay que añadir que él fue sionista, esto es, partidario de un Estado de Israel, que no criticó la religión judía, que siempre se opuso enérgicamente a los nazis y que su postura general sobre los judíos como grupo social cambió a partir de 1923, cuando se dio cuenta precozmente de adónde podía llegar la locura racista, de lo que alertó cuanto pudo. Sobre Alemania, ya en *Divorcio* versus *Democracia* lanza una profética alarma, cuando denuncia que el Estado Prusiano era capaz, por interés político y demográfico, de supeditar la familia y el matrimonio a los intereses del Estado. El biógrafo de Chesterton, Joseph Pearce, ha recogido numerosos testimonios que desmontan la leyenda negra de un Chesterton antisemita.

Haber aclarado estos puntos, no significa, ni mucho menos, que hayamos desactivado la potencia del libro. Todo lo contrario: hemos sincronizado su reloj con la hora del 2012. *La superstición del divorcio* es una bomba de relojería contra el discurso de valores ahora dominantes y contra la caliginosa nube de sentimentalismos con los que se envuelven las justificaciones y defensas del divorcio. Ya verán. Lo curioso es que este aspecto explosivo del propio Chesterton, que hoy parece eclipsado por la imagen, igualmente cierta, de un escritor gordo, jovial y divertido, estaba muy presente para sus contemporáneos y hasta para él mismo. Dorothy L. Sayers, la impagable traductora de la *Divina Commedia*, explicó en 1952, en su prólogo a *La sorpresa*: «Para los jóvenes de mi generación G.K.C. fue una especie de libertador cristiano. Como una bomba beneficiosa […]». Esa misma imagen es la que utilizó el propio Chesterton para hablar de sí mismo y sus amigos, cuando parodió, me temo que injustamente, el final del poema de T.S. Eliot, titulado *The Hollow Men*, publicado en 1925,

donde se leía que «el mundo no acabará con una explosión sino con un quejido». En realidad, Chesterton, con el pretexto de caricaturizar al grupo de Bloomsbury, tan *snob* y pedante como depresivo, se hizo un sonoro autorretrato:

La de ellos es desdén, risitas y gemidos
fue nuestra juventud carcajada y canción.
Ellos quizá terminen con un leve quejido,
nuestro final será, seguro, una explosión[1].

Esta faceta de un Chesterton explosivo, involucrado hasta las cejas en los asuntos de su tiempo, punzante y valiente, a tumba abierta, es la que podemos disfrutar en *La superstición del divorcio* mejor que en ningún otro libro. Bastantes de sus batallas periodísticas sobre temas de actualidad caducaron, y sólo podemos leerlas ahora con la distancia inmune del aficionado a la literatura o a la historia. La polémica alrededor del matrimonio, de la familia y de la educación sigue siendo uno de los asuntos más candentes de nuestra vida social. Ver cómo irrumpe Chesterton en ella, destrozando tópicos, levantando el polvo de los prejuicios, abriendo nuevas perspectivas aun a costa de tirar varios muros, produce la misma sorpresa y el mismo asombro que contemplar en plena acción a un elefante en una cacharrería.

Enrique García-Máiquez

NOTA PRELIMINAR

LA primera parte de este libro apareció en cinco artículos publicados en el New Witness *durante la reciente controversia en torno al divorcio. Confieso que eran toscos y esquemáticos, pero seguían un cierto guión que me resulta muy difícil refundir, aunque fuese ampliándolos. Por eso, he decidido volver a publicar los artículos tal cual, con unas palabras de introducción; y luego, aun a riesgo de repetirme, añadir unos capítulos más, explicando con más detalle cualquier concepto que pueda haber pasado por alto. Presento la materia original tal como apareció, bajo un título general, sin dividirla en capítulos.*

I
LA SUPERSTICIÓN DEL DIVORCIO

ES inútil hablar de reforma sin referencia a la forma. Tomando por caso algo de mi propio gusto, para mí no hay nada tan bello y maravilloso como una ventana. Todas las ventanas son mágicas, ya se asomen al mar o al jardín; se acercan al mayor misterio y a la mayor paradoja de limitación y libertad. Pero si siguiese mi instinto hacia un número infinito de ventanas, acabaría sin paredes. Además, acabaría sin ventanas, porque la ventana es el marco que compone un cuadro. Pero hay una manera más sencilla de expresar mi error más simple y fatal: que he querido una ventana sin considerar si quería una casa. Hoy se nos pillen muchas cosas, en nombre de la luz y la libertad que muy bien pueden representar las ventanas; especialmente porque muchas de ellas conciernen a la iluminación y liberación del hogar. Muchas personas muy desinteresadas urgen consideraciones muy razonables en cuanto al divorcio, como forma de liberación domestica; pero en la polémica periodística y general del asunto hay muchas mentes que trabajan hacia atrás y de manera aleatoria: sólo ventanas, nada de paredes. Esas personas dicen que quieren divorcio, sin preguntarse si quieren matrimonio. Incluso para estar divorciado, generalmente ha sido necesario pasar por la formalidad preliminar de estar casado; y si no consideramos la naturaleza de este acto inicial, es como si habláramos de peluquería para calvos o gafas para ciegos. Estar divorciado es en sentido literal estar descasado; y no tiene sentido deshacer algo si no sabemos si está hecho.

En nueve de cada diez casos, tal vez no exista peor estrategia que la de empezar por la primera tarea que tengamos a mano. Es especialmente mala cuando significa, como suele significar, quitar el obstáculo que tengamos más cerca. Significa que el hombre no se comporte como un hombre, sino como un ratón, que roe lo primero que encuentra. El hombre, como el ratón, socava lo que no entiende. Al chocar con algo, lo llama primer obstáculo, aunque casualmente sea el pilar que sostiene el techo sobre su cabeza. Industriosamente quita el obstáculo; como recompensa, el obstáculo lo quita a él, y también quita cosas más valiosas que él. Este oportunismo tal vez sea lo menos práctico de este mundo tan poco práctico. La gente habla vagamente en contra de la crítica destructiva; pero lo malo de esta crítica no es que destruya, sino que no critique. Es destrucción sin objetivo. Es desmontar una máquina compleja pieza a pieza, sin orden, sin saber siquiera para qué sirve. Y si alguien se acerca a una mortífera máquina dinámica con la intención de tocar el primer botón que se encuentre, conocerá los defectos de esa alegre filosofía.

Dejando aparte por el momento a muchos críticos sinceros y serios del matrimonio moderno, resulta que multitudes de hombres y mujeres de hoy, al escribir y hablar del matrimonio, lo están royendo a ciegas como un ejército de ratones. Cuando los reformistas proponen, por ejemplo, que el divorcio sea obtenible tras una ausencia de tres años (la ausencia prevista en las primeras normativas militares de la última guerra europea), sus lectores y afines no son capaces de defender con lógica que el período sea de tres años, y no tres meses o tres minutos. Es como decir, «Póngame tres metros de perro», sin importarnos dónde hay que cortar. Estas personas no ven al perro como entidad orgánica; no le ven ni pies ni cabeza. Y lo mismo puede decirse de los reformistas del matrimonio: no le ven ni pies ni cabeza. No saben qué es, ni qué tendría que ser, ni qué suponen sus partidarios que sea; nunca lo miran, ni siquiera cuando están dentro. Realizan la primera tarea que se encuentran: abrir boquetes en el casco de un barco, creyendo que están cavando hoyos en un huerto. Esta cuestión de qué es, si huerto o barco, les parece abstracta y académica. No tienen noción de la grandeza de la idea que atacan, ni de lo relativamente pequeños que son los agujeros que le hacen.

Así, *sir* Arthur Conan Doyle, hombre inteligente en otros asuntos, dice que sólo existe oposición «teológica» al divorcio, y que está enteramente fundada en «ciertos textos» bíblicos sobre el matrimonio. Es exactamente igual que decir que la creencia en la fraternidad está fundada sólo en ciertos textos de la Biblia, donde dice que todos los hombres son hijos de Adán y Eva. Millones de campesinos y personas sencillas del mundo entero reconocen el matrimonio como algo estático, sin haber visto jamás ningún texto. Muchas personas más modernas, sobre todo después de los experimentos recientes en América, creen que el divorcio es una enfermedad social, sin haberse ocupado nunca de ningún texto. Puede que incluso para estas personas, o para cualquiera, la idea del matrimonio sea mística en última instancia; y lo mismo puede mantenerse en cuanto a la fraternidad. Es evidente que los esposos no son visiblemente una sola carne, en el sentido de ser un solo cuadrúpedo. Igualmente evidente es que Paderewski[2] y Jack Johnson[3] no son gemelos, y seguro que no han jugado juntos bajo la atenta mirada de su madre. Aquí hay que reconocer, o añadir, algo muy importante. Lo cierto es que si las tonterías de Nietzsche o de algún otro sofista sumergiesen la cultura actual, de tal forma que se pusiera de moda negar las obligaciones de la fraternidad, entonces podría resultar que el grupo que siguiese defendiendo la fraternidad fuese el mismo grupo en cuyos libros sagrados estaba el texto sobre Adán y Eva. Supongamos que algún profesor prusiano ha descubierto oportunamente que los alemanes descienden de un mono, y los que los alemanes consideran inferiores a ellos descienden de otro mono, tan distinto del primero que no son hermanos en ningún sentido, sino apenas primos muy lejanos. Y supongamos que ese profesor procede a alejarlos aún más con un machete, y que escenifica una repetición de la conducta de Caín, pero no pregunta: «¿Soy acaso el guardián de mi hermano?» sino «¿Es acaso mi hermano?». Y supongamos que esta alta filosofía del machete prevalece en las universidades y los ambientes cultos, como ha ocurrido con filosofías aún más idiotas. Entonces afirmo que el cristiano, que conserva el texto sobre Caín, será probablemente el que continúe afirmando que sigue siendo el hermano de su profesor, el guardián de su profesor. Tal vez añada que, en su opinión, su profesor necesita un guardián.

Y ésa es sin duda la situación de las controversias actuales sobre divorcio y matrimonio. Es la Iglesia cristiana la que sigue manteniendo con firmeza, cuando el mundo por algún motivo afloja su postura sobre ello, lo que tantos otros mantienen en otros momentos. Pero aún así, al hablar del apoyo de los textos sólo se están cogiendo los flecos del asunto. Lo vital de la comparación es que la fraternidad humana significa toda una perspectiva de la vida contemplada a la luz de la vida y defendida, para bien o para mal, mediante constantes apelaciones a todos los aspectos de la vida. La religión que con más fuerza la defienda, la defenderá cuando nadie más lo haga; eso es seguro, y algunos somos tan perversos que nos parece un punto a favor de esa religión. Pero cualquiera que la defienda, la defenderá como filosofía, pendiente no de un texto sino de cien verdades. La fraternidad puede ser una metáfora sentimental; es posible que esté alucinando al saludar al campesino montenegrino como hermano largo tiempo perdido. Pero mi alucinación no es deducción de un texto, ni de veinte; es la expresión de una relación que a mí por lo menos me parece una realidad. Y lo que digo de la idea de hermano, lo digo de la idea de esposa.

En ciertos ambientes resulta muy poco profesional empezar por el principio. A eso se le llama «los principios abstractos y académicos con los que los ingleses…». Es raro, pero se considera poco práctico iniciar una pesquisa sobre algo preguntando qué es. Pero resulta que yo desprecio esa clase de actitud práctica, porque sé que ni siquiera es práctica. Para mí, el hombre de negocios ideal no es el que saca cincuenta libras y dice: «Aquí está el dinero; soy un hombre sencillo; me da igual si estoy saldando una deuda, dando una limosna, comprando un toro bravo o una caseta de playa». A pesar del tono infecciosamente campechano, al considerar el fajo de billetes yo diría (como cualquier hijo de vecino): «¿Esto qué es?». Seguiría insistiendo tozudamente en lo altamente práctico de saber qué es ese dinero; qué se supone que representa, persigue o declara; cuál es la naturaleza de la transacción; en resumen, qué demonios se supone que hace ese hombre. Así que empezaré preguntando, de manera igualmente mística, en el nombre de Dios y de los ángeles, qué se supone que hace el que se casa. Empezaré preguntando qué es el matrimonio; y esa sola pregunta revelará probablemente que el acto en sí, bueno o malo, prudente o alocado,

es de una cierta clase; que no es una indagación ni un experimento ni un accidente; es probable que caigamos en la cuenta de que es una promesa. Puede definirse mejor como voto.

Muchos contestarán inmediatamente que es un voto precipitado. Me contentaré por el momento con responder que todos los votos son precipitados. No estoy defendiendo sino definiendo los votos; estoy señalando que estamos hablando de votos: primero, si deberían existir los votos, y segundo, qué deberían ser. ¿Se debe romper un voto? ¿Se debe hacer un voto? Son cuestiones filosóficas; pero la peculiaridad filosófica del divorcio y las segundas nupcias, a diferencia del amor libre y ningunas nupcias, es que se rompe una promesa y en el mismo instante se hace otra. Es una filosofía muy alemana, y recuerda la forma en que el enemigo desea celebrar su destrucción de todos los tratados firmando algunos más. Si yo rompiera una promesa, la rompería sin promesas. Pero estoy muy lejos de minimizar la trascendental y discutible naturaleza del voto en sí. Intentaré demostrar, en otro artículo, que esta precipitada y romántica operación es el único horno del que puede salir el metal básico de la humanidad, la férrea resistencia de la ciudadanía o el frío acero del sentido común; pero no niego que el horno es un fuego. El voto es algo violento y único, aunque ha habido muchos aparte del voto matrimonial: votos de caballería, votos de pobreza, votos de celibato, paganos y cristianos. Pero la moda de hoy ha olvidado la costumbre, y la gente desconoce el tipo a falta de paralelismos. La forma más breve de plantear el problema es preguntar si ser libre incluye ser libre para atarse. Porque el voto es una cita con uno mismo.

Puede haber malentendido si digo, para abreviar, que el matrimonio es un asunto de honor. El escéptico estará encantado de asentir, diciendo que es una lucha. Y lo es, aunque sea con uno mismo; pero a lo que voy es que necesariamente tiene algo de heroico, en que la virtud se traduce como *Virtus*. La lucha, por naturaleza, tiene una infinidad implícita o al menos una infinidad potencial. Quiero decir que la lealtad en la guerra es lealtad en la derrota e incluso en la caída; se le debe a la bandera precisamente cuando la bandera está a punto de caer. Esto ya lo aplicamos a la bandera de la nación; y la cuestión es si es prudente o no aplicarlo a la bandera de la familia. Claro que es sostenible que no se lo apliquemos a ninguna de las

dos; que el mal gobierno de la nación o la desgracia del ciudadano harían de la deserción de la bandera un acto de razón y no de traición. Sólo diré que, si éste fuese realmente el límite de la lealtad nacional, algunos habríamos desertado de nuestra nación hace mucho tiempo.

2

A los dos o tres artículos que se publican aquí sobre este asunto, he puesto el nombre de *La superstición del divorcio*, y ese título no es casual. Mientras que el amor libre me parece una herejía, de verdad que el divorcio me parece una superstición. No sólo es más supersticioso que el amor libre, sino que es mucho más supersticioso que el matrimonio sacramental estricto; es casi imposible insistir demasiado en ello. Son los partidarios del divorcio, y no los defensores del matrimonio, los que atribuyen una santidad rígida y sin sentido a una mera ceremonia, aparte del significado de la ceremonia. Son nuestros oponentes, no nosotros, los que esperan salvarse por la letra del ritual, y no por el espíritu de la realidad. Son ellos los que sostienen que el voto o su incumplimiento, la lealtad o la deslealtad, pueden todos desaparecer gracias a un rito misterioso y mágico, realizado primero en un tribunal y luego en una iglesia o en un juzgado. Hay poca diferencia entre las dos partes del ritual, pero el tribunal es mucho más ritualista. Pero los paralelismos más claros le mostrarán a cualquiera que todo esto es de una pura credulidad bárbara. Será o no será superstición creer que es necesario besar la Biblia para demostrar que decimos la verdad. Sí que es una superstición de lo más abyecta creer que, si besamos la Biblia, cualquier cosa que digamos se hará realidad. Sería una idolatría de las más oscuras sugerir que un mero beso sobre el mero libro altera la calidad moral del perjurio. Pero esto es precisamente lo que se insinúa al creer que las segundas nupcias alteran la calidad moral de la infidelidad conyugal. Cuando Haroldo juró sobre una reliquia, se estaba comportando como un medieval, aunque luego perjurase. Pero su comportamiento habría sido de lo más tenebroso si se hubiera contentado con jurar sobre una reliquia y

perjurar sobre otra. Y éste es el nuevo altar que los reformistas quieren erigirnos, compuesto de las reliquias mohosas y vacías de su ley muerta y su religión moribunda.

Pero nosotros estamos hablando de una idea, algo propio del intelecto y del alma, que los malabarismos legales no pueden cambiar. Estamos hablando de la idea de lealtad; tal vez fantástica, tal vez pasada de moda, pero explicable y defendible como idea. Ya he señalado que la mayoría de las personas cabales sí admiten nuestro ideal en casos como el patriotismo o el espíritu cívico: la necesidad de salvar al Estado al que pertenecemos. El patriota puede vilipendiar pero no debe renunciar a su patria; puede maldecirla para curarla, pero no para marchitarla. Los antiguos ciudadanos paganos sentían así la ciudad, y los nacionalistas modernos sienten así su nación. Incluso los meros intemacionalistas modernos sienten así algo, aunque sólo sea la nación de la humanidad. Ni siquiera el humanitario se hace misántropo para vivir en una casa de monos. Ni siquiera el colectivista, ni el comunista desencantado, se retira para asociarse sólo con castores, porque los castores sean todos comunistas solidarios. Admite la necesidad de pegarse a sus hermanos y suplicarles que abandonen el uso del pronombre posesivo, aunque sus esfuerzos le deben de romper el corazón pasado un tiempo. Ni siquiera el pacifista prefiere las ratas a los hombres, sobre la base de que la comunidad roedora está tan libre de chovinismo que siempre sale del barco que se hunde. En fin, todo el mundo reconoce que hay algún barco, grande o pequeño, que no debe abandonar, ni siquiera si piensa que se hunde.

Podemos decir entonces que hay instituciones a las que estamos adheridos en último término; igual que hay otras a las que estamos adheridos temporalmente. Vamos de tienda en tienda buscando lo que queremos, pero no vamos de nación en nación haciendo lo mismo, a menos que pertenezcamos a cierto grupo que ahora va directo al exterminio. En el primer caso es la amenaza de que retiraremos nuestra confianza; en el segundo es la amenaza de que nunca nos retiraremos nosotros, que formaremos parte de la institución hasta el final. El momento en que la tienda pierde a sus clientes es el momento en que la ciudad necesita a sus ciudadanos; pero los necesita como críticos que siempre se quedarán para

criticar. No es necesario que enfatice ahora la necesidad vital de esta doble energía de reforma interna y defensa externa; la tragedia colosal que ha eclipsado la tierra en nuestro tiempo no es más que un aterrador ejemplo de ello. Los golpes de martillo llegan ahora continua y rápidamente, llenando el mundo de truenos infernales; y aún permanece el sonido férreo de algo irrompible, más profundo y más sonoro que todo lo que se rompe. Podemos maldecir a los reyes, podemos desconfiar de los capitanes, podemos murmurar ante la existencia de los ejércitos, pero sabemos que en los días más oscuros que puedan llegarnos, nadie desertará de la bandera.

Ahora, al pasar de la lealtad para con la nación a la lealtad para con la familia, no puede haber duda en cuanto a la diferencia primera y más evidente: la familia es algo mucho más libre. El voto es una lealtad voluntaria; y el voto matrimonial se distingue de cualquier juramento de lealtad por el hecho de que esta lealtad es también una elección. El hombre no sólo es ciudadano, sino también fundador y constructor de esa ciudad. No sólo es un soldado al servicio de la bandera, sino que ha seleccionado y combinado artísticamente sus colores, como los colores de su atuendo. Si es admisible pedirle que sea fiel a la comunidad que lo ha hecho a él, no es menos liberal pedirle que sea fiel a la comunidad que él ha hecho. Si la fidelidad cívica es una necesidad, es también en cierto sentido un constreñimiento. El viejo chiste contra el patriotismo, la ironía gilbertiana[4], felicita al inglés por su exquisito gusto al haber nacido en Inglaterra. Es plausible su intención de decir «Pues podía haber sido ruso», aunque es cierto que hemos visto que algunos creían que podían ser rusos a su antojo. Si el sentido común considera natural incluso esta lealtad involuntaria, no nos extrañe que considere aún más natural la lealtad voluntaria. Y el pequeño estado fundado en los sexos es al mismo tiempo el más voluntario y el más natural de todos los estados autogobernados. No podemos decir que el señor Brown podía haber sido ruso; pero sí podemos decir que la señora Brown podía haberse casado con un Robinson.

No es nada difícil entender por qué esta pequeña comunidad, tan especialmente libre en cuanto a su causa, está especialmente atada en cuanto a sus efectos. No es difícil entender por qué el voto que se hace más libremente es el que con más firmeza se debe cumplir. Por la naturaleza de

las cosas, se adhieren a él consecuencias tan tremendas que ningún contrato se le pude comparar. Ningún contrato, menos aquellos que, según cuentan, se firman con sangre, puede invocar a los espíritus del infinito, ni traer querubines (o diablillos) a vivir en una casita moderna. Ningún trazo de la pluma crea cuerpos y almas, ni da vida a personajes de novela. La institución que tanto da que pensar a los intelectuales puede explicarse por el sencillo hecho material (perceptible incluso para los intelectuales) de que los hijos son, generalmente, más jóvenes que sus padres. «Hasta que la muerte nos separe» no es una fórmula irracional, pues es casi seguro que morirán antes de ver siquiera la mitad de las cosas tan asombrosas (o alarmantes) que han hecho.

Así es, a grandes rasgos, esto tan evidente, para aquellos que no lo ven tan claro. Ya sé que hay hombres pensantes entre los que quieren jugar con ello; y supongo que algunos responderán a mis preguntas. Pero de momento sólo pregunto si el movimiento divorcista parlamentario y periodístico presenta siquiera una sombra de estas verdades fundamentales, vistas como pruebas. ¿Habla siquiera de la naturaleza del voto, de los límites y objetos de la lealtad, de la supervivencia de la familia como pequeño estado libre? Los escritores se conforman con decir que el señor Brown está incómodo con la señora Brown, y la última emancipación, para las parejas separadas, sólo parece significar que sigue incómodo sin la señora Brown. Hoy en día, el hecho de estar incómodo no se considera como la prueba última de la acción pública. Por lo demás, los reformistas demuestran estadísticamente que las familias están en realidad tan dispersas en nuestra anarquía industrial, que será mejor que abandonen toda esperanza de encontrar de nuevo el camino a casa. Conozco ese argumento que aboga por ir de mal en peor, y veo que en todas partes conduce a la esclavitud. Como el puente de Londres se ha caído, tenemos que reconocer que los puentes no sirven para unir. Como el comercialismo y el capitalismo de Londres han copiado el infierno, hemos de seguir copiándolos a ellos. De cualquier forma, algunos conservarán la convicción de que el antiguo puente construido entre las torres de los sexos es la más digna de las grandes obras de la tierra.

Las grises décadas anteriores a la Guerra parecen haberse especializado en el suicidio y el divorcio como formas de libertad. En este momento no

me estoy pronunciando sobre el problema moral de ninguno de los dos; simplemente señalo, como propios de los tiempos, esos dos verdaderos o falsos consejeros de la desesperación, el final de la vida y el final del amor. Otras formas de libertad se estaban limitando cada vez más. La libertad, de hecho, era lo único que condenaban por igual progresistas y conservadores. Los socialistas estaban muy preocupados por impedir las huelgas mediante el arbitraje estatal; o sea, añadiendo otro rico para que diese el voto decisivo entre ricos y pobres. Incluso al reclamar lo que llamaban derecho al trabajo, cedían tácitamente el derecho a dejar de trabajar. Los conservadores predicaban el servicio militar obligatorio, no tanto para defender la independencia de Inglaterra como para destruir la independencia de los ingleses. A los liberales, claro está, les interesaba sobre todo eliminar la libertad, principalmente en lo tocante a la cerveza y las apuestas. Era malo pelear, y peligroso incluso discutir; pues el citar cualquier hecho cierto y contemporáneo podía llevarle a uno a ser procesado por difamación. Al cerrarse efectivamente todas estas puertas en nuestra cara, a lo largo del frío y triste corredor del progreso (con sus azulejos), sólo permanecían abiertas las puertas de la muerte y del divorcio; mejor dicho, se abrían cada vez más. Supongo que los defensores del divorcio no admitirán ninguna similitud entre las dos cosas; pero el paralelismo casual no es irrelevante. Indica los límites dentro de los cuales nuestros instintos morales pueden, aunque sea por tener un argumento, enfocar este remedio desesperado como objeto normal del deseo. El divorcio es para nosotros, en el mejor de los casos, un fracaso, del que nos preocupa más encontrar y curar la causa que completar los efectos; y para nosotros el sistema que produce muchos divorcios es como el que empuja a las personas a ahogarse o a pegarse un tiro. Por ejemplo, la queja tal vez más común contra la ley existente es que los pobres no pueden hacer uso de ella. Se trata de un argumento que yo normalmente escucharía con especial comprensión. Pero mientras que condenaría la ley por ser un lujo, mi primera idea será naturalmente que el divorcio y la muerte sólo son lujos en un sentido un poco singular. No me condolería especialmente con el pobre a causa del alto precio del ácido prúsico, ni porque fuesen propiedad privada todos los precipicios adecuados por su altura para el suicidio. Atacaría primero otros precios altos y otros

precipicios altos. Admitiría en abstracto que o todos moros o todos cristianos; que lo que es bueno para los ricos es bueno para los pobres; pero mi impresión primera y más fuerte sería que el ácido prúsico no es bueno para nadie. Me temo que agarraría impulsivamente por los faldones al pobre oficinista o artesano, si estuviera a punto de saltar por el acantilado, aunque la playa estuviera salpicada con los restos de los duques y banqueros que ya habían dado el salto.

Pero reconozco de todo corazón que, en un respecto, el culto al divorcio ha diferido del culto a la muerte. El culto a la muerte está muerto. Los que en mi juventud conocí como jóvenes pesimistas son ahora viejos optimistas. Y, lo que ahora viene más al caso, incluso cuando vivía, el culto a la muerte estaba limitado a cierto círculo dentro de una clase. Ya sabemos lo que pasaba en las comedias antiguas: cuando la heroína enloquecía vestida de blanco satén, la confidente enloquecía vestida de blanca muselina. Pero cuando, en alguna tragedia de temperamento artístico, el pintor se suicidaba vestido de terciopelo, jamás se insinuaba que el fontanero se suicidara vestido de pana. Nunca se afirmaba que la doncella de Hedda Gabler[5] debiera morir atormentada sobre la alfombra (por muy duro que fuese su trabajo); ni que el mayordomo de la señora Tanqueray[6] debiera hacer el tonto a la romana y morir clavado en el cuchillo de trinchar. Esa manera específica de hacer el tonto, romana o no, era un privilegio oligárquico en la época decadente; y como tal ha pasado al terminar esa época. El pesimismo, que nunca fue popular, ya ni siquiera está de moda. Otro destino muy diferente ha tenido la otra moda; esa otra forma algo triste de libertad. Si el divorcio es una enfermedad, ya no ha de ser una enfermedad de moda, como la apendicitis, sino que ha de convertirse en epidemia, como la viruela. Como ya hemos visto, los periódicos y los políticos de hoy hacen gala de la necesidad de dar al pobre la libertad de divorciarse. Y ¿por qué tienen tantas ganas de que sea libre de conseguir el divorcio, si no quieren que sea libre de conseguir ninguna otra cosa? ¿Por qué las mismas personas que están contentas y felices cuando el pobre consigue el divorcio, se horrorizan cuando consigue una copa? El destino de su dinero, el destino de sus hijos, dónde trabaja, cuándo deja de trabajar, cada vez se escapan más a su control personal. Se han aliado, para bien o para mal, las oficinas de

empleo, las compañías de seguros, los servicios sociales, y cien formas de inspección y supervisión policial, para fijarlo cada vez más estrictamente a un determinado lugar en la sociedad. Cada vez se le permite menos salir a buscar un nuevo empleo; ¿por qué se le permite salir a buscar una nueva esposa? Cada vez se le obliga más a reconocer un código musulmán con respecto al licor; ¿por qué se le dan tantas facilidades para escapar del viejo código cristiano con respecto al sexo? ¿Cuál es el significado de esta misteriosa inmunidad, este permiso especial para el adulterio, y por qué fugarse con la mujer del prójimo ha de ser la única alegría que le quede? ¿Por qué ha de amar como le plazca, si ni siquiera puede vivir como le plazca?

Siento decir que la respuesta es que esta campaña social, en la mayoría aunque no la totalidad de sus más prominentes defensores, depende de una hipocresía muy pestilente. Existen algunos defensores del divorcio democrático que de verdad son defensores de la libertad democrática en general, pero son la excepción. Puedo decir, con todos los respetos, que son los engañados. La omnipresencia del divorcio en la prensa y en la sociedad política se debe a un motivo precisamente opuesto al que se profesa. Los gobernantes modernos, que son simplemente los ricos, son verdaderamente consecuentes en su actitud hacia el pobre. El mismo espíritu que se lleva a sus hijos bajo la pretensión del orden, es el que se lleva a su esposa bajo la pretensión de la libertad. El mismo que desea, como en una conocida canción, romper un hogar feliz, está especialmente ansioso de no romper la mucho más desgraciada fábrica. El capitalismo, naturalmente, está en guerra con la familia, por la misma razón por la que está en guerra con el sindicato. Éste es el único sentido en el que es cierto que el capitalismo está relacionado con el individualismo. El capitalismo cree en el colectivismo para sí mismo, y en el individualismo para sus enemigos. Desea que sus víctimas sean individuos, es decir, que sean átomos. Pues la palabra átomo, en su significado más claro (que no está nada claro), se puede traducir como «individuo». Si existe algún enlace, si existe alguna fraternidad, si existe alguna lealtad de clase o disciplina doméstica, por los que los pobres puedan ayudarse, estos emancipadores desde luego intentan romper ese lazo o aligerar esa disciplina de la manera más liberal. Sí existe tal fraternidad,

estos individualistas la redistribuirán en forma de individuos, o sea que la romperán en átomos.

Saben lo que hacen estos maestros de la plutocracia moderna. No se equivocan; no se les puede acusar de incoherencia. Un instinto muy profundo y preciso los ha llevado a distinguir a la familia humana como el mayor obstáculo para su inhumano progreso. Sin familia estamos indefensos ante el Estado, que en nuestro caso moderno es el estado servil. Usando una metáfora militar, la familia es la única formación capaz de repeler la carga de los ricos. Es una fuerza que forma de dos en dos como los soldados forman de a cuatro; y en todos los países campesinos, ha estado firme en la casa cuadrada o en la parcela cuadrada, como la infantería ante la caballería. Cómo opera esta fuerza, y por qué, intentaré explicarlo en el último de estos artículos. Pero cuando más amenazada está por los jinetes de la soberbia y el privilegio, como en Polonia o Irlanda, empiezan los hombres a entender por qué ese juramento, alocado en sus comienzos, fue lanzado más allá de las cadenas del mundo; y lo que de pasada parecería una visión se hace permanente como voto.

3

Desde hace tiempo ha habido un curioso intento de ocultar el hecho de que Francia es un país cristiano. En la conspiración han participado franceses, sin duda; y sin duda ha habido franceses en el consiguiente intento de ocultar que Balzac fue un escritor cristiano, aunque yo sólo me he encontrado ingleses. Empecé a leer a Balzac mucho después de leer a los admiradores de Balzac; y jamás me habían insinuado la verdad. Había leído que sus libros estaban encuadernados de amarillo y que eran «descaradamente franceses»; aunque no entendía bien por qué ser francés es descarado tratándose de un francés. Había leído la descripción, más acertada, del «mago mugriento de la comedia humana», y he tenido luego ocasión de comprobar su veracidad; Balzac es, ciertamente, un genio del tipo de artista que él mismo describe, que sabe dibujar una escoba de tal

forma que se nota que ha barrido la habitación después de un asesinato. Los muebles de Balzac tienen más vida que muchos personajes del teatro. Para esto estaba preparado, pero no para un cierto fondo espiritual que reconocí enseguida como fenómeno histórico. La moralidad de un gran escritor no es la moralidad que enseña, sino la moralidad que da por descontada. Los libros de Balzac están recorridos por la ética cristiana específicamente católica; igual que los de Bunyan[7] están recorridos por la ética cristiana específicamente puritana. No sé cuáles fueron las opiniones que profesó, como no sé cuáles fueron las de Shakespeare; pero sé que estos dos grandes creadores de mundos multitudinarios los hicieron, en contraste con otros escritores posteriores, sobre el mismo plano moral fundamental del universo de Dante. No puede haber duda de lo que digo si aplicamos como prueba la verdad que ya he mencionado: que lo fundamental de un hombre no reside en lo que explica, sino en lo que se olvida de explicar. Pero de vez en cuando Balzac sí explica, con esa concentración intelectual que ha observado con agudeza George Moore[8] en ese novelista cuando es teórico. Y el otro día encontré en una de las novelas de Balzac este fragmento; no sé si reflejaría exactamente el estado de ánimo de George Moore en este momento, pero me parece una profecía, y también podría ser el lema de este libro: «Junto con la solidaridad de la familia, la sociedad ha perdido esa fuerza elemental que definió Montesquieu como *honor*. La sociedad ha aislado a sus miembros para gobernarlos mejor, y ha dividido para debilitar».

A lo largo de nuestra juventud y de los años anteriores a la guerra, la crítica seguía a Ibsen al describir el sistema doméstico como una casa de muñecas, y a la mujer doméstica como muñeca. Bernard Shaw varió la metáfora diciendo que a la mujer la encierra en casa la mera costumbre, igual que encierra al loro en la jaula; y el teatro y los relatos de la época dibujan vivos retratos de una mujer que también se parece al loro en otros aspectos: su rico atavío, su acento estridente y su propensión a repetir una y otra vez lo que le han enseñado a decir. Granville Barker[9], hijo espiritual de Bernard Shaw, habla en su ingeniosa obra *La herencia Voysey* de la tiranía, la hipocresía y el aburrimiento como los elementos que constituyen «un feliz hogar inglés». Dejando por el momento a un lado lo acertado de

esto, conviene insistir en que el convencionalismo así criticado sería incluso más característico de un feliz hogar francés. Es el hogar del francés, y no del inglés, su castillo. Podemos añadir también, al menos en lo que respecta al punto de vista ético de los sexos, que el hogar del irlandés es su castillo, aunque desde hace siglos un castillo asediado. De cualquier forma, esas convenciones de las que se dijo que hacían de la domesticidad algo aburrido, estrecho y antinaturalmente manso y sumiso, son especialmente fuertes entre los irlandeses y los franceses. Por lo que será fácil, para cualquier pensador lúcido y lógico, deducir el hecho de que los franceses son aburridos y estrechos, y los irlandeses, antinaturalmente mansos y sumisos. Bernard Shaw, al ser un irlandés que vive entre ingleses, nos servirá como modelo de la diferencia; y sin duda encontraremos que los amigos políticos de Shaw, ingleses, serán de un tipo revolucionario más feroz que los que habría encontrado entre los irlandeses. Estamos en condiciones de poder comparar la mansedumbre de los fenianos con la furia de los fabianos[10]. En su sentido más amplio, este mortecino ideal monógamo puede incluso definir y distinguir toda la subordinación llana de Clare de la rebelión llameante de Clapham[11]. Tampoco tendremos ya que mirar muy lejos para entender por qué las revoluciones son desconocidas en la historia de Francia; o por qué son tan frecuentes en la política más indefinida de Inglaterra. Esta rigidez y esta respetabilidad tienen que ser la explicación de toda esa incapacidad para el experimento y la explosión civil que siempre ha marcado esa aldea dormilona de casas privadas que llamamos ciudad de París. Pero las mismas cosas pueden decirse no sólo de los parisinos sino también de los campesinos; e incluso de los demás campesinos de la gran Alianza. Los estudiosos de las tradiciones serbias nos dicen que su literatura popular maldice especial y singularmente la ruptura del matrimonio; esto puede explicar el pacifismo remilgado y ovino que se atribuye a ese pueblo.

Para entendernos, está claro que algo falla en el cálculo según el cual el ama de casa debía ser tan servil como la criada; o que exponía al hombre domesticado como un cándido, más conservador que la *Primrose League*[12]. Precisamente los que han sido conservadores en cuanto a la familia han sido revolucionarios en cuanto al Estado. Los acusados de ser intolerantes o

burgueses en cuanto a convenciones matrimoniales son los mismos a los que se acusa de impacientes y violentos en cuanto a reformas políticas. Y no es difícil descubrir el porqué: en una sociedad así, el gobierno, al tratar con la familia, trata con algo casi tan permanente y autorenovador como él mismo. Puede haber una política familiar continua, igual que una política exterior continua. En los países agrícolas la familia lucha; casi puede decirse que la granja lucha. No me refiero a que se rebele en tiempos malos y excepcionales; aunque esto tiene su importancia. Era algo salvaje pero sano, cuando en los desahucios irlandeses las mujeres echaban agua hirviendo desde las ventanas; recurrían desesperadamente a los útiles privados como armas públicas. Se trataba de hacer no sólo la guerra a cuchillo, sino casi la guerra a tenedor y cuchara. En este sentido Parnell[13], tal vez haciendo un misterioso juego de palabras, decía que *Kettle*[14] (caldera) es palabra popular en Irlanda, y en un sentido más general es cierto que el que se mete con el ama de casa sale escaldado. Pero no hablo de estos momentos de lucha física, sino de la presión continua y pacífica que ejercen mil familias, desde abajo, sobre el marco del gobierno. Para esto es esencial cierto espíritu de defensa y encerramiento; incluso el feudalismo sentía, con razón, que el asunto de honor tenía que ser asunto de familia. Fue un certero instinto artístico el que dibujó el linaje sobre la cota que protege el cuerpo. El campesino libre tiene armas aunque no tenga blasón. No tiene blasón; pero tiene escudo. Y en una sociedad más libre y feliz que la presente, o incluso que la pasada, no entiendo por qué no puede ser un escudo blasonado. Pues tan cierto es del linaje como de la propiedad: el mal está, no en imponerlo, sino en negarlo. Demasiado capitalismo no significa demasiados capitalistas, sino demasiado pocos; la aristocracia peca, no al plantar un árbol genealógico, sino al no plantar un bosque entero.

De cualquier forma, en la práctica resulta que el ciudadano doméstico puede resistir un asedio, incluso por parte del Estado; porque tiene quien lo apoye en las duras y en las maduras, sobre todo en las duras. Los que defienden que el Estado pueda llegar a ser amo de todo y administrarlo todo, pueden coherentemente hacer caso omiso de este argumento; pero les diré con todos los respetos que el mundo cada vez les hace menos caso. Si

encontrásemos una máquina perfecta, y un maquinista perfecto, tendríamos un buen argumento a favor del socialismo de estado, y un argumento igualmente bueno a favor del despotismo personal. Pero me parece que casi todos estamos de acuerdo en que esa presión social desde abajo es vital para la salud del Estado; y no pueden ejercerla plenamente los individuos, sino los grupos y las tradiciones. Tales grupos han sido numerosos; ha habido monasterios; puede haber gremios; pero sólo hay un tipo entre ellos que todos los seres humanos tienen la espontánea y omnipresente inspiración de construir por sí mismos; ese tipo de grupo es la familia.

Mi intención era que este artículo fuese el último de los que esbozan los elementos de este debate; pero tendré que añadir una breve conclusión hablando de cómo se omite todo esto en las proposiciones prácticas (o más bien poco prácticas) sobre el divorcio. Sólo diré ahora que adolecen de la debilidad moderna y enfermiza de sacrificar siempre lo normal a favor de lo anormal. De hecho, «la tiranía, la hipocresía y el aburrimiento» de los que se quejan no representan la domesticidad, sino la decadencia de la domesticidad. El caso de esa queja específica, en la obra de Granville Barker, es en sí una prueba. La idea central de *La herencia Voysey* es que no hay herencia. La única herencia de esa familia es una deuda muy deshonrosa. Naturalmente, el cariño familiar había decaído al decaer todo su ideal de propiedad y probidad; y había tan poco amor como poco honor entre los ladrones. Está por ver si habrían estado igual de aburridos de haber tenido una herencia positiva y no negativa; de haber trabajado en una granja y no en un fraude. Y la experiencia de la humanidad señala en la otra dirección.

4

Ya he hablado alguna vez del famoso o infame monárquico que sugirió que el pueblo debería comer hierba; un comentario tal vez desafortunado para un monárquico, pues ese régimen sólo se le conoce a un personaje de la realeza[15]. Pero la solución gozaba de una simplicidad digna de un sultán o

incluso de un jefe salvaje; y en este toque de inocencia autocrática he insistido al hablar de las reformas sociales actuales, y especialmente de la reforma social conocida como divorcio. Principalmente, me preocupa más el método arbitrario que el resultado anárquico. Al igual que el antiguo tirano condenaba a los hombres a pastar, el nuevo tirano condena a las mujeres a la soledad. De cualquier forma, por variar el simbolismo legendario, al rey de este cuento de hadas no se le ocurre que su corona de oro es un ornamento menos sagrado y permanente que la alianza de oro de la mujer. Este cambio lo está logrando el gobierno sumario e incluso secreto que ahora padecemos; y éste sería el primer punto en su contra, incluso si fuese realmente una emancipación; y sólo es emancipación en la forma. No anticiparé los detalles de su defensa, que pueden ser ofrecidos por otros, pero concluiré por ahora esbozando las defensas prácticas del divorcio, como se suelen presentar actualmente, bajo cuatro encabezamientos. Y sólo pido al lector que observe que todas tienen algo en común: que cada uno de los argumentos se utiliza también para toda esa reforma social que los hombres sinceros ya llaman esclavitud.

En primer lugar, las últimas proposiciones prácticas se ocupan típicamente de aquellos que ya están separados, y de los pasos que deben dar para divorciarse. Hoy existe un espíritu que va impregnando nuestra sociedad, por el que a la excepción se le permite que cambie la regla: que el exiliado desvíe el patriotismo, que el huérfano deponga la paternidad, que la viuda, o, como hemos visto, la mujer abandonada, destruya la posición de la esposa. Existe una especie de símbolo de esta tendencia en esa misteriosa y desgraciada nación nómada a la que se le ha permitido cambiar tantas cosas, desde una cruzada en Rusia hasta una casita en el condado de Buckingham. Se nos dice que tratemos al judío errante como peregrino, mientras seguimos tratando al cristiano errante como vagabundo. Pero éste por lo menos está intentando llegar a casa, como Ulises; mientras que aquél más bien está huyendo de su casa, como Caín. Ese que es distante, malhumorado, inclasificable, intermedio, en todas partes se toma como excusa para cambiar lo común, lo corporativo, lo tradicional y popular. Y el cambio es siempre a peor. La sirena nunca se convierte en mujer, sino en pez. El centauro no se hace más hombre, sino más equino. El judío no

puede en realidad internacionalizar la cristiandad; sólo puede desnacionalizarla. Para el proletario no resulta fácil convertirse en pequeño propietario; le resulta mucho más fácil convertirse en esclavo. Así, al hombre desgraciado, que no soporta a la mujer que ha elegido entre todas las mujeres del mundo, no se le anima a que vuelva y la soporte, sino que se le anima a elegir otra mujer a la que, con el tiempo, puede que no soporte tampoco. Y en todos estos casos el argumento es el mismo: que el hombre es desgraciado en el estado intermedio. Probablemente lo sea, ya que es anormal; pero lo importante es que se le permite desatar el lazo universal que ha mantenido a millones en la normalidad. Como se ha metido en un agujero, se le permite escarbar en él como un conejo y minar todo el campo.

Luego tenemos, como siempre cuando se trata de experimentos tan toscos, un argumento basado en el ejemplo de otros países, especialmente de países nuevos. Así, los eugenistas me dicen solemnemente que se han realizado con éxito experimentos eugenésicos en América. Y mantienen rígidamente su solemnidad (al mismo tiempo, con muchos reproches, negándose a creer en la mía), cuando les digo que uno de los experimentos eugenésicos americanos es un experimento químico, que consiste en transformar a un hombre negro en cenizas blancas. Es realmente un experimento extremadamente eugenésico, pues su principal objetivo es desaconsejar la indeseable mezcla racial. Pero no me gusta este experimento americano, por muy americano que sea; confío en que no sea típicamente americano en absoluto; así lo creo. Se me ocurre que representa sólo un elemento de la complejidad de la gran democracia, y concuerda con otros elementos malignos; así que no me sorprende nada que los mismos extraños sectores sociales que permiten que quemen vivo a un hombre, permitan también la exaltada ciencia eugenésica. Lo mismo ocurre en el caso, más leve, de las leyes en torno al alcohol; y nos cuentan que ciertos coloniales más bien toscos han establecido una ley seca que intentan burlar; igual que nos cuentan que han establecido leyes de divorcio, que ahora intentan revocar. Pues al menos en este caso del divorcio, el argumento basado en precedentes remotos se ha hundido, autodestruyéndose. Ya se está clamando por menos divorcio en América, cuando en Inglaterra se clama por más.

Cuando el argumento se basa en una necesidad demográfica, no está de más que sus defensores entiendan a dónde los puede llevar. Es muy dudoso que la demografía sea una de las ventajas del divorcio, pero no hay duda de que es una de las ventajas de la poligamia. En Alemania ya se usa como argumento a favor de la poligamia. Pero la propia palabra nos enseña a buscar más allá de Alemania algo aún más remoto y repulsivo. La demografía en sí, junto con una especie de anarquía poligámica, no le parecerá siquiera un ideal práctico a nadie que considere, por ejemplo, lo continuamente que Europa ha ostentado la capitalidad de la raza humana. Si la demografía fuese la principal prueba de progreso y eficacia, hace tiempo que China se habría mostrado como el estado más progresista y eficaz. De Quincey[16] resumió toda esa tremenda situación en una frase, tal vez más impresionante y terrorífica que todas las perspectivas de la arquitectura oriental y de los efectos del opio de donde viene. «El hombre en aquellas regiones es una mala hierba». Muchos europeos, temerosos por el jardín del mundo, se han imaginado que, en alguna fatalidad futura, esas malas hierbas pudieran brotar y ahogarlo. Pero ningún europeo ha deseado que las flores se conviertan en malas hierbas. Incluso si fuese cierto, pues, que al desatar el lazo se incrementa necesariamente la población; incluso si los hechos no lo contradijesen en muchos países, como así es, tendríamos una fuerte base histórica para no aceptar la deducción. Seguiríamos sospechando de la paradoja de que se puedan fomentar las familias numerosas aboliendo la familia.

Por último, tengo entendido que parte de la defensa de la nueva propuesta consiste en que hasta sus defensores han encontrado su principio un poco tosco. Dicen que han añadido condiciones que modifican el principio: primero, que el hombre deberá pagar a la mujer a la que abandona, y segundo, que el asunto se someterá de nuevo a un magistrado. Para lo que me interesa, basta observar que hay algo del inconfundible sabor a esa sociología a la que nos resistimos, en estos dos conmovedores actos de fe en el talonario y en el abogado. La mayoría de los reformistas modernos del matrimonio se escandalizarían un poco si insinuásemos que alguna pobre limpiadora pudiera rehusar ese dinero, o que un bondadoso magistrado podría no tener derecho a dar tal consejo. Pues los reformistas

del matrimonio son personas muy respetables, con algunas honrosas excepciones; y nada encaja mejor en el grasiento surco de su respetabilidad que la insinuación de que la traición se recompensa con daños y perjuicios; o que la tragedia se resuelve con el arbitraje espiritual del juez.

Hay algo que añadir a este precipitado esbozo de los elementos del caso. He omitido deliberadamente el aspecto y argumento más elevado, el que ve el matrimonio como una institución divina; y es porque, lógicamente, los que creen en esto no creen en el divorcio, y estoy discutiendo con los que creen en el divorcio. No les pido que asuman el valor de mi fe ni de ninguna fe, y desearía que no me pidieran con tanta insistencia que asuma el valor de su moderna sociedad sin valores, venenosa y plutocrática. Pero si se pudiera demostrar, como así lo creo, que una larga perspectiva histórica y una paciente experiencia política pueden al fin acumular una sólida evidencia científica a favor de la necesidad vital de este voto, entonces no puedo concebir un homenaje más tremendo que éste para la fe que, desde los comienzos más remotos, ha realizado una llameante afirmación de lo que la última ilustración sólo podrá descubrir lentamente al final.

II
LA HISTORIA DE LA FAMILIA

LA más antigua de las instituciones humanas tiene una autoridad que puede resultar tan salvaje como la anarquía. Entre todas las instituciones, es la única que comienza con una atracción espontánea; podemos decir, con precisión y sin sentimentalismo, que está fundada en el amor y no en el temor. Al complicar la historia comparándola con otras instituciones, se ha llegado después a una infinita falta de lógica. Es una institución tan única como universal. Ninguna otra relación social se basa en nada parecido a la atracción mutua de los sexos. El mundo moderno ha caído en multitud de locuras por ignorar este hecho tan sencillo. La idea de una rebelión general de mujeres contra hombres se ha proclamado con banderas y desfiles, como una rebelión de vasallos contra señores, de negros contra negreros, de polacos contra prusianos o de irlandeses contra ingleses; enteramente como si creyéramos de verdad en la fabulosa nación de las amazonas. La idea igualmente filosófica de una rebelión general de hombres contra mujeres ha sido novelada por *sir* Walter Besant[17], y expuesta en un libro de sociología por el señor Belfort Bax[18]. Pero al primer toque de la realidad de una atracción primitiva, todas esas comparaciones se hunden y aparecen como cómicas. El prusiano no siente desde el principio que sólo puede ser feliz si pasa sus días y sus noches con un polaco. El inglés no piensa que su casa está vacía y triste si no contiene un irlandés. El hombre blanco no sueña en su romántica juventud con la belleza perfecta del negro. El magnate de ferrocarril no suele escribir poemas acerca de la fascinación personal de un revisor. Todas las demás rebeliones contra todas las demás relaciones son

razonables e incluso inevitables, porque esas relaciones se basan originalmente sólo en la fuerza o en el interés. La fuerza puede abolir lo que la fuerza puede establecer; el interés puede finalizar un contrato cuando el interés ha dictado ese contrato. Pero el amor entre hombre y mujer no es una institución que pueda finalizar. Es algo más antiguo que todas las instituciones o contratos, y algo que con toda seguridad durará más que éstos. Todas las demás rebeliones son auténticas, porque queda la posibilidad de que las cosas se destruyan, o al menos se dividan. Se pueden abolir los capitalistas, pero no se pueden abolir los varones. Los prusianos pueden abandonar Polonia, o los negros ser repatriados a África; pero el hombre y la mujer tienen que permanecer juntos de alguna manera; y tienen que aprender a soportarse como sea.

Éstas son verdades muy sencillas; por eso hoy día nadie les hace caso; y la verdad que sigue ahora es igual de evidente. Nadie puede discutir el propósito de la Naturaleza al crear tal atracción. Sería más inteligente llamarla el propósito de Dios, pues la Naturaleza no puede tener ningún propósito si no está Dios detrás. Hablar del propósito de la Naturaleza es intentar en vano evitar ser antropomórfico, simplemente siendo feminista. Es creer en una diosa porque se es demasiado escéptico para creer en un dios. Pero esta controversia puede mantenerse al margen de la cuestión, si nos contentamos con decir que el valor vital que en última instancia se encuentra en esta atracción es, naturalmente, la renovación de la especie. El hijo es el porqué del padre y la madre, y el hecho de que sea un hijo humano es el porqué de los antiguos lazos humanos entre el padre y la madre. Cuanto más humano, o sea menos bestial sea el hijo, más legítimos y duraderos serán los lazos. El progreso cultural o científico, lejos de tender a soltar el lazo, tiende lógicamente a apretarlo. Cuantas más cosas tenga que aprender el hijo, más tiempo tiene que permanecer en la escuela natural para aprenderlas, y más tiempo tendrán sus maestros que posponer la disolución de su sociedad. Esta verdad elemental queda hoy oculta en cantidades de obras indirectas y artificiales, con la falacia fundamental de la que hablaré luego. Aquí hablo de la posición primaria del grupo humano, como ha permanecido a través de inimaginables siglos de civilizaciones en auge y en declive; a menudo incapaz de delegar nada de su trabajo, siempre

incapaz de delegarlo todo. En esto, repito, siempre será necesario que los dos maestros permanezcan juntos, en proporción a lo que tengan que enseñar. Algún animal marino amorfo, que simplemente se separa de sus vástagos y se aleja con la corriente, podría nadar hasta un tribunal de divorcios submarino, o hasta un club muy liberal, fundado en el amor libre para peces. El animal marino puede hacer esto, precisamente porque los vástagos del animal marino no tienen que hacer nada; porque no tienen que aprender la polca ni la tabla de multiplicar. Todas estas cosas son evidentes pero también son verdades, y verdades que volverán, porque el actual enredo de sustitutivos semioficiales no sólo es un recurso provisional, sino que no sirve ni como recurso. Si la gente no es capaz de ocuparse de sus asuntos, no puede ser económico pagarles por ocuparse de los asuntos de los demás, y mucho menos de los bebés de los demás. Es simplemente desperdiciar una fuerza natural y luego pagar una fuerza artificial; como regar una planta con una manguera y al mismo tiempo protegerla de la lluvia con un paraguas. Todo descansa en realidad en la ilusión plutocrática de un infinito acopio de criadas. Al ofrecer otro sistema como «profesión para mujeres», en realidad estamos proponiendo que un número infinito de mujeres se conviertan en criadas, plutocráticas o burocráticas. En última instancia, estamos defendiendo que la mujer no sea madre de su hijo, sino nodriza del niño de otra. Pero no funcionará, ni siquiera sobre el papel. No podemos vivir todos de lavarles la ropa a los demás, sobre todo si son babis. Al final, los únicos que pueden o quieren dar cuidado individual a cada hijo individual, son sus padres individuales. La expresión, aplicada a los que tratan con grupos cambiantes de niños, es un adorno verbal gracioso y legítimo.

Este triángulo de obviedades, de padre, madre e hijo, no puede destruirse; sólo puede destruir a la civilización que no lo tome en cuenta. La mayoría de los reformistas son simplemente escépticos sin límite, y no tienen fundamento donde reconstruir; y está bien que estos reformistas se den cuenta de que existe algo que no pueden reformar. Se puede derribar a los poderosos de sus tronos; se puede poner el mundo al revés, y argumentar entonces que está al derecho. Pero no se puede crear un mundo en que el bebé lleve a su madre. No se puede crear un mundo en que la

madre no tenga autoridad sobre el bebé. Se puede perder el tiempo intentándolo, dándoles el voto a los bebés o proclamando una república de niños pequeñitos. Se puede decir, como dijo un pedagogo el otro día, que los niños pequeños deben «criticar, cuestionar la autoridad y suspender su juicio». No sé por qué no continuó para decir que deben ganarse la vida, pagar el impuesto sobre la renta, y morir en batalla por la patria; pues lo que propone es, evidentemente, que los niños no tengan infancia. Pero se puede, si se encuentra diversión en estos juegos, organizar un «gobierno representativo» de niños, y decirles que se tomen en serio sus responsabilidades legales y constitucionales. En fin, se puede estar loco; pero entonces no se puede ser coherente. No se puede, en realidad, llevar el propio principio de vuelta al grupo primitivo, y aplicárselo a la madre y al niño. No se actuará sobre la propia teoría en el más simple y más práctico de todos los casos posibles. Tan locos no estamos.

Este núcleo de autoridad natural siempre ha existido en medio de autoridades más artificiales. Siempre se ha visto como algo individual, en sentido literal; es decir, como un absoluto que no podía en realidad dividirse. Un bebé, lejos de su madre, ni siquiera era un bebé; era otra cosa, seguramente un cadáver. Siempre se reconoció como algo que tenía una peculiar relación con el gobierno; simplemente porque era una de las pocas cosas que no habían sido hechas por el gobierno; y hasta cierto punto podía llegar a existir sin el apoyo del gobierno. En realidad su defensa es tan fuerte que no puede expresarse. Pues su defensa es que no hay otra cosa igual; y sólo podemos encontrar pálidos parecidos en esos poderes e instituciones, más elaborados y dolorosos, que son inferiores. Así que la única forma de transmitirlo es comparándolo con una nación; aunque, comparadas con él, las divisiones nacionales son tan modernas y formales como los himnos nacionales. Así que puedo a menudo utilizar la metáfora de la ciudad; aunque en su presencia el ciudadano es tan reciente como un oficinista urbano. Es suficiente señalar aquí que todo el mundo sabe intuitivamente, y admite por implicación, que la familia es un hecho sólido, que tiene carácter y color como una nación. La verdad puede probarse mediante las experiencias más modernas y más cotidianas. Un hombre dice: «Ésas son las cosas que les gustan a los Brown», aunque sería capaz de

componer una novela psicológica de lo más enredada e interminable sobre los matices que diferencian al señor de la señora Brown. Una mujer dice: «No me gusta que Jemima vea tanto a los Robinson», y no siempre, en el ajetreo de sus obligaciones sociales o domésticas, se para a distinguir entre el materialismo optimista de la señora Robinson y el cinismo, más ácido, que tiñe el hedonismo del señor Robinson. La casa tiene un color interior, tan conspicuo como el color exterior. Ese color es una mezcla, y si algún tinte predomina en ella, suele ser el preferido de la señora Robinson. Pero, como todos los colores compuestos, es un color distinto, tan distinto como lo es el verde del azul y del amarillo. Cada matrimonio es una especie de loco equilibrio; y en cada caso el término medio es tan único como una excentricidad. Los filántropos que se pasean por los barrios pobres suelen ver ese término medio en la calle, y lo toman por una pelea. Cuando interfieren, les dan leña desde los dos lados, y se lo tienen merecido por no respetar a la misma institución que los trajo al mundo.

Lo primero que hay que ver es que esta enorme normalidad es como una montaña, capaz de ser volcán. Cada anormalidad que ahora se le opone es como una topera, y sus sinceros organizadores sociológicos son muy parecidos a los topos. Pero la montaña es un volcán en otro sentido también, como sugiere esa tradición de campos meridionales fertilizados por lava. Tiene un lado creativo además del destructivo; y sólo queda, en esta parte del análisis, señalar el efecto político de esta institución extrapolítica, y los ideales políticos de los que ha sido defensora, tal vez la única defensora permanente.

El ideal que representa en el Estado es la libertad. Representa la libertad por la muy sencilla razón con la que comenzó este análisis esquemático. Es la única de las instituciones que es al mismo tiempo necesaria y voluntaria. El Estado no tiene otro impedimento obligado a renovarse tan eternamente como el propio Estado; éste es el único. Todo hombre cuerdo reconoce que la libertad sin límite es anarquía, o más bien nulidad. La idea cívica de libertad es dar al ciudadano una parcela de libertad; unos límites dentro de los cuales el ciudadano es rey. Es la única manera de que la verdad pueda refugiarse de la persecución pública, y el hombre bueno sobrevivir al gobierno malo. Pero el hombre bueno, por sí solo, no es rival de la ciudad.

Como contrapeso tiene que haber otra institución ideal y, en ese sentido, inmortal. Mientras el Estado sea la única institución ideal, el Estado pedirá al ciudadano que se sacrifique; y entonces no tendrá el menor escrúpulo en sacrificar al ciudadano. El Estado consiste en coerción; y siempre tiene que justificarse desde su propio punto de vista al extender los límites de la coerción; como, por ejemplo, en el caso del reclutamiento. Lo único que puede erigirse para limitar o cuestionar esta autoridad es una ley voluntaria y una lealtad voluntaria. Esa lealtad es la protección de la libertad, en la única esfera donde puede habitar plenamente la libertad. Es un principio de la constitución el hecho de que el rey nunca muere. Es todo el principio de la familia el hecho de que el ciudadano nunca muere. Tiene que haber una heráldica y una herencia de la libertad; una tradición de resistencia a la tiranía. El hombre no sólo tiene que ser libre, sino nacer libre.

En realidad, la familia tiene algo de anárquico, en un sentido amplio; más correctamente podríamos decir que tiene algo de *amateur*. Igual que parece haber algo casi vago en su origen voluntario, también parece haber algo vago en su voluntaria organización. La función más vital que ofrece, tal vez la función más vital que puede ofrecerse, es la de la educación; pero su tipo de educación temprana es demasiado esencial para confundirse con la instrucción. En mil cosas funciona por experiencia, más que por teoría. Por tomar un ejemplo corriente o incluso gracioso, dudo de que ningún libro de texto o normativa haya contenido alguna vez instrucciones sobre cómo castigar a un niño en un rincón. Sin duda, cuando el proceso moderno esté completo, y el principio coercitivo del estado haya eliminado por completo el elemento voluntario de la familia, el asunto se regulará o restringirá estrictamente. Posiblemente se dirá que el rincón deberá ser un ángulo de al menos noventa y cinco grados. Posiblemente se dirá que las líneas convergentes de cualquier rincón normal tienden a hacer que el niño bizquee. De hecho estoy seguro de que, si yo dijera con naturalidad, en suficientes reuniones vespertinas, que los rincones hacen que los niños bizqueen, rápidamente se convertiría en dogma universalmente aceptado de la ciencia popular. Pues el mundo moderno no acepta dogmas de la autoridad, pero acepta cualquier dogma sin autoridad. Di que algo es así, según el Papa o la Biblia, y lo descartarán como superstición sin

examinarlo. Pero precede tu comentario simplemente con «dicen» o «no sabes que», o intenta (y no consigas) recordar el nombre de algún catedrático mencionado en algún periódico; y el agudo racionalismo de la mente moderna aceptará cada palabra que digas. Este paréntesis no es tan irrelevante como pudiera parecer, porque haríamos bien recordando que, cuando un oficialismo rígido irrumpe en los acuerdos voluntarios del hogar, ese oficialismo será rígido sólo en su acción, y muy laxo en su pensamiento. Intelectualmente será al menos tan vago como la organización *amateur* de la casa, y la única diferencia es que la organización doméstica es práctica en el único sentido auténtico; es decir, está fundada en experiencias sufridas. La otra es lo que ahora se suele llamar científica; es decir, está fundada en experimentos que aún no se han realizado. De hecho, en lugar de invadir la familia con la torpe burocracia que administra mal los servicios públicos, sería mucho más filosófico hacer la reforma en sentido contrario. De verdad que sería igual de razonable cambiar las leyes de la nación de forma que se pareciesen a las leyes que gobiernan a los niños. Los castigos serían mucho menos horribles, mucho más graciosos, y mucho más calculados para que la gente sintiese que había hecho el tonto. Sería un agradable cambio que un juez, en lugar de ponerse el gorro negro, se pusiera las orejas de burro, o que pudiéramos castigar al financiero en su propio rincón.

Claro que esta opinión es poco frecuente, y reaccionaria (lo que sea que eso signifique). La educación moderna está basada en el principio de que un padre tiene más probabilidades de ser cruel que ninguna otra persona. Cualquiera puede ser cruel por casualidad, pero las primeras oportunidades para la crueldad llegan con la incolora e indiferente multitud de desconocidos, de mercenarios impersonales a quienes se acude ahora por costumbre como agentes infalibles de mejoras: policías, médicos, detectives, inspectores, profesores, etcétera. Se les da automáticamente un poder arbitrario porque alguna vez ha habido padres criminales; como si no existieran los médicos criminales ni los maestros criminales. Una madre no es siempre sensata en cuanto a la dieta de su hijo, así que lo entregamos al cuidado del doctor Crippen[19]. Se opina que un padre no enseña a sus hijos la moralidad más pura, así que los ponemos bajo la tutela de Eugene Aram[20]. Estos célebres criminales no son más excepcionales en sus

profesiones respectivas que los padres crueles en la profesión de la paternidad. Pero desde luego hay argumentos mucho más fuertes; no hace falta depender de los casos de tales criminales. Las debilidades corrientes de la naturaleza humana explican todas las debilidades de la burocracia y del gobierno de los asuntos del mundo entero. Con que el funcionario sea un hombre corriente, será más indiferente hacia los hijos de los demás que hacia los suyos; incluso preferirá sacrificar la prosperidad familiar de los demás en aras de la suya. Puede estar aburrido; puede ser sobornado; puede ser brutal, por cualquiera de las mil razones que convierten al hombre en bruto. Todas estas cosas de sentido común están totalmente excluidas de los sistemas educativos y sociales de hoy. Se da por hecho que el mercenario no huirá, y eso únicamente porque es un mercenario. Es impensable que el pastor vaya a sacrificar su vida por las ovejas; o incluso que la loba vaya a luchar por sus cachorros. Hemos de creer que las madres son inhumanas; pero no que los funcionarios sean humanos. Hay padres antinaturales, pero no hay pasiones naturales; al menos, no las hay donde la furia del rey Lear osó encontrarlas: en el bedel. Así es la nueva luz sobre la educación de los jóvenes, y el mismo principio que se aplica al niño se aplica a los esposos. Igual que da por hecho que al niño lo querrá con seguridad cualquiera menos su madre, así también da por hecho que un hombre puede ser feliz con cualquiera menos con la mujer que él mismo ha elegido como esposa.

Así prevalece el espíritu coercitivo del estado sobre la promesa libre de la familia, bajo la forma del oficialismo formal. Pero éste no es el más coercitivo de los elementos coercitivos de la república moderna. El empleo y desempleo industrial es un poder externo aún más despiadado y rígido. La fábrica es un enemigo aún más feroz de la familia. Entre estas cosas modernas y mecánicas, la antigua institución natural no está siendo reformada ni modificada, ni siquiera rebajada. Está siendo despedazada. No sólo está siendo despedazada en el sentido de una metáfora verdadera, como un ser vivo atrapado en el horrible mecanismo de la manufactura. Está siendo despedazada literalmente, de manera que el marido se va a una fábrica, la mujer a otra y el hijo a una tercera. Cada uno se convertirá en siervo de un grupo financiero distinto, que cada vez más está ganando el poder político de un grupo feudal. Pero mientras que el feudalismo recibía

la lealtad de las familias, los señores del nuevo estado servil recibirán sólo la lealtad de los individuos; es decir, de hombres solos e incluso de niños perdidos.

A veces se dice que el socialismo ataca a la familia, basándose en poco más que la casualidad de que algunos socialistas creen en el amor libre. Yo he sido socialista y ya no lo soy, y en ningún momento he creído en el amor libre. Creo que es cierto, en un sentido amplio e inconsciente, que el socialismo de Estado favorece la realidad coercitiva general de la que he estado hablando. Pero si es cierto que el socialismo ataca a la familia en teoría, mucho más cierto es que el capitalismo la ataca en la práctica. Es paradójico, pero un hecho claro, que la gente no se da cuenta de las cosas siempre que existan en la práctica. La gente que se da cuenta de una herejía no hace caso de un abuso. Si alguien duda de la paradoja, que se imagine que los periódicos publican formalmente, junto con la lista de condecoraciones, una lista de precios de los títulos de nobleza y de *sir*; aunque todo el mundo sabe que se compran y se venden. Así que la fábrica está de hecho destruyendo a la familia; y no tiene que depender de ningún pobre teórico loco que sueñe con destruirla en su imaginación. Y lo que la está destruyendo no es nada tan tangible como el amor libre, sino algo que más bien se describe como un miedo obligado. Es un castigo económico, más terrible que el castigo legal, el que puede aún llevarnos a la esclavitud como único lugar seguro.

Desde sus primeros días en el bosque, el grupo humano tuvo que luchar contra monstruos salvajes; de la misma forma, ahora lucha contra estas máquinas salvajes. Sólo logró sobrevivir entonces, y sólo logrará sobrevivir ahora, mediante una fuerte santidad interna; y mediante un juramento tácito o dedicación más profundos que los de la ciudad o la tribu. Pero aunque esta promesa silenciosa siempre estuvo presente, tomó en cierta encrucijada de nuestra historia una forma especial que intentaré dibujar en el siguiente capítulo. Esa encrucijada fue la creación de la cristiandad por la religión que la creó. Nada destruirá el triángulo sagrado; incluso la fe cristiana, la revolución más asombrosa que jamás tuvo lugar en la mente, sólo sirvió en cierto sentido para poner ese triángulo al revés. Levantó un espejo místico

en que el orden de las tres cosas se invirtió; y añadió una sagrada familia de niño, madre y padre a la familia humana de padre, madre y niño.

III
LA HISTORIA DEL VOTO

CARLES Lamb[21], con su fino instinto para las combinaciones paradójicas, habla en algún sitio del contraste que hay entre san Valentín y las felicitaciones del Día de los Enamorados. Parece haber una graciosa incongruencia en que esos vivaces y frívolos coqueteos sigan dependiendo de la fecha y el nombre de un obispo medieval asceta y célibe. La paradoja se presta al tratamiento que le da Lamb, y su punto de vista tiene algo de verdad. Tal vez parezca incluso más paradójico decir que no existe paradoja. En tales casos la unificación parece más provocativa que la división; y puede parecer ociosamente contradictorio negar la contradicción. Y sin embargo, en verdad no hay contradicción. En el sentido más profundo existe una verdadera similitud, por la que están san Valentín y sus felicitaciones a un lado, y la mayor parte del mundo moderno al otro. Dudaría en pedirle siquiera a un investigador alemán que recogiese, cotejase y estudiase cuidadosamente todas las felicitaciones de San Valentín del mundo, con el objeto de rastrear un principio filosófico que las recorra. Pero si lo hiciera, no tengo duda sobre el principio filosófico que encontraría. No importa lo trivial, no importa lo imbécil, no importa lo vulgar o insípida o estereotipada que pueda ser la imaginería de estas cosas, siempre envolvería una idea, la misma idea que hace que los amantes laboriosamente tallen sus iniciales en un árbol o una roca, en una especie de monograma de la monogamia. Puede ser algo chulesco atar a la amada a un árbol; aunque Orlando[22] lo hizo, y hoy lo detendría la policía por violar los estatutos del Bosque de Arden. No me preocupa ahora especialmente

recomendar la costumbre de esculpir nuestro nombre y dirección en grandes letras en la fachada del Partenón, en la cara de la Esfinge, o en cualquier otro recoveco o rincón donde pueda despertar el interés sentimental de la posteridad. Pero al igual que muchas otras cosas populares, como las que se encuentran generalmente en Shakespeare, tiene un significado que probablemente le pasaría inadvertido a un poeta menos popular, como Shelley. Hay una verdad muy permanente en el hecho de que dos personas libres se aten deliberadamente a un tronco de madera. Y es la idea de atarse a algo la que recorre toda esta vieja alegoría amorosa como un dibujo de cadenas. Siempre está la idea de corazones encadenados, o atravesados por la misma flecha, o atados de alguna manera; hay una seguridad que sólo puede llamarse cautiverio. El hecho de que muchas veces no llegue a atarse, nada tiene que ver con este argumento. Lo importante es que toda filosofía del sexo tiene que fracasar, si no tiene en cuenta su ambición de fijeza, además de su experiencia del fracaso. No hay nada que obligue a Orlando a comprometerse según la evidencia jurada del árbol más cercano. No está obligado a atarse; está constreñido, pero nadie lo obliga a estarlo. En fin, que Orlando hizo voto de casarse, igual que Valentín hizo voto de no casarse. Y ningún asceta, sin ser hereje, pudo afirmar ni en las más locas reacciones del ascetismo que el voto de Orlando no fuera tan legal como el de Valentín. Pero es un hecho a señalar que incluso cuando no fuera legal, era aún así un voto. A través de toda esa cultura medieval, que nos ha dejado la leyenda del romance, corría este motivo de la cadena, que se sentía como atadura incluso donde no tenía que atar. Todos los amores sin ley de las leyendas medievales tienen su propia ley, y sobre todo su propia lealtad, como en los relatos de Tristán o Lanzarote. En este sentido podemos decir que el libertinaje medieval era más fijo que el matrimonio moderno. Aquí no estoy hablando de la ética moderna ni de la medieval, en cuanto a lo que decían o tendrían que decir de tales cosas. Sólo señalo como hecho histórico la insistencia de la imaginación medieval, incluso en sus momentos más exaltados, sobre una idea en particular. Esa idea es la del voto. Puede ser el voto que hizo san Valentín; puede ser un voto menor que él veía como lícito; puede ser un voto alocado que él veía como del todo ilícito. Pero la sociedad que creó esas fiestas y nos legó esas tradiciones

estaba repleta de la idea de los votos; y aunque no tenga sentido para nosotros, tenemos que reconocer esta noción como característica de toda una civilización. Y tanto san Valentín como la felicitación la expresan para nosotros; más aún si nos parecen los dos exagerados, o incluso contrarios exagerados. Esos extremos se tocan; y se encuentran en el mismo lugar. Su lugar de encuentro es junto al árbol en el que el amante colgó sus cartas de amor. Y si el amante se colgó del árbol, en lugar de colgar sus composiciones literarias, incluso ese acto tenía también un indefinible sabor a finalidad.

Los críticos de los orígenes cristianos suelen decir que ciertas fiestas, procesiones o danzas rituales son en realidad de origen pagano. Es como si dijeran que nuestras piernas son de origen pagano. Nadie ha discutido nunca que la humanidad fue humana antes de ser cristiana; y ninguna iglesia fabricó las piernas con las que los hombres caminaban o bailaban, ya fuese en peregrinación o en un *ballet*. Lo que sí puede afirmarse con convicción es que donde ha existido esa Iglesia, ha conservado no sólo las procesiones sino las danzas, no sólo la catedral sino el carnaval. Una de las principales afirmaciones de la civilización cristiana es haber conservado cosas de origen pagano. En fin, que en los viejos países religiosos la gente sigue bailando, mientras que en las nuevas ciudades científicas a menudo se contentan con trabajar como esclavos.

Pero cuando se entiende esta visión más cabal de la historia, sigue quedando algo más místico y difícil de definir. Incluso las cosas paganas son cristianas cuando han sido conservadas por el cristianismo. La caballería es algo reconociblemente diferente incluso de la *virtus* de Virgilio. La caridad es algo muy diferente de la ciudad de Homero. Incluso nuestro patriotismo es algo más sutil que el indiviso amante de la ciudad; y el cambio se nota en las cosas más permanentes, como el amor por el paisaje o el amor por la mujer. Siempre será casi imposible definir la diferenciación entre todas estas cosas. Pero aquí yo señalaría un elemento del cambio que cal vez esté olvidado; que en todo caso no debería olvidarse: la naturaleza del voto. Podría expresarlo diciendo que la Antigüedad pagana fue la era del *status*; que el Medievo cristiano fue la era

de los votos; y que la Modernidad escéptica ha sido la era de los contratos; o mejor dicho, ha intentado serlo, y ha fracasado.

El mejor ejemplo de *status* era la esclavitud. Huelga decir que esclavitud no implica tiranía; en realidad no hay más que mirarla en relación con otras cosas para verla como caridad. La idea de la esclavitud es que un gran número de hombres nacen para estar obligados a hacer el trabajo pesado del mundo, y que otros, llevándose el margen de beneficios, tienen no obstante que mantenerlos mientras lo hacen. Lo importante no es si el trabajo es excesivo o moderado, o si la condición es cómoda o incómoda. Lo importante es que al hombre se le elige el trabajo, al hombre se le fija su *status*; y este *status* se le impone por ley. Como dijo Balfour[23] del socialismo, eso, y nada más, es esclavitud. El esclavo podía bien estar, y con frecuencia estaba, mucho más cómodo que el trabajador libre medio, y desde luego era mucho más perezoso que el campesino medio. Era esclavo porque no había alcanzado su posición por elección, ni promesa, ni acuerdo, sino simplemente por *status*.

Es un hecho reconocido que cuando el cristianismo llevaba algún tiempo trabajando en el mundo, este antiguo *status* servil empezó de manera misteriosa a desaparecer. Creo que una de las formas que tomó el espíritu nuevo fue la importancia del voto. El feudalismo, por ejemplo, difería de la esclavitud principalmente porque el feudalismo era un voto. El vasallo ponía las manos en las manos de su señor, y hacía voto de ser su hombre; pero había énfasis en el sustantivo, no sólo en el posesivo. Al jurar ser su hombre, mostraba que no era cosa de su propiedad. Nadie extrae una promesa de un pico, ni espera que el atizador jure amistad eterna con las pinzas. Nadie cree en la palabra de una pala; y nadie creyó nunca en la palabra de un esclavo. Marca al menos una etapa especial de transición el hecho de que la forma de libertad fuera esencial al hecho del servicio, o incluso de la servidumbre. Así, no es casualidad que la palabra *homenaje* signifique en realidad hombría. Y si había voto en lugar de *status* incluso en las partes estáticas del feudalismo, huelga decir que había mayor profusión de votos en la parte más aventurera. Todo lo que llamamos caballería era un gran voto. Los votos de caballería variaban infinitamente, del más sólido al más fantástico; desde el voto de dar a los pobres todo el botín de la

conquista, hasta el voto de dejar de afeitarse hasta la primera vista de Jerusalén. Como he comentado, esta regla de lealtad, incluso en las rebeldes excepciones que confirman la regla, recorría todos los romances y todas las canciones de los trovadores; y siempre había votos aunque estuvieran muy lejos de ser votos matrimoniales. La idea está tan presente en la llamada Gaya Ciencia, del amor, como en la Divina Ciencia, de teología. El lector moderno sonreirá ante la mención de estas cosas como ciencias, y se volverá hacia el estudio de la sociología, la etnología y el psicoanálisis; pues si éstas son ciencias (sobre lo cual yo no expresaría ninguna duda), al menos nadie las insultaría llamándolas ni gaya ni divina.

Mi objetivo es enfatizar la presencia, y ni siquiera fijar la proporción, de esta nueva noción en la Edad Media. Pero se equivocará el crítico si piensa que basta con responder que todas estas cosas afectaban sólo a una clase culta, no correspondiente a la clase servil de la antigüedad. Tratándose de obreros y pequeños comerciantes, encontramos la misma vaga pero viva presencia del espíritu que sólo puede llamarse voto. En este sentido, existía una caballería de profesiones además de una caballería de órdenes de nobleza; al igual que existía una heráldica de letreros de tiendas además de la heráldica de los escudos. Sólo que da la casualidad de que, en la ilustración y liberación del siglo XVI, se conservó la heráldica de los ricos y la de los pobres se destruyó. Y hay un siniestro simbolismo en el hecho de que casi el único emblema que aún pende sobre un comercio es el de las tres bolas de Lombardía. De todas esas glorias democráticas, ninguna puede ya brillar al sol; sólo el signo de la usura dorada que las ha devorado a todas. Lo importante aquí, sin embargo, es que el comercio o el arte no sólo tenían algo parecido al escudo, sino algo parecido al voto de los caballeros. El miembro del gremio tenía en su posición la misma noción básica que pertenecía a los caballeros e incluso a los monjes. Era la noción de la elección libre de un estado fijo. Podemos imaginar el ambiente moral si comparamos el sistema de los gremios cristianos, no sólo con el *status* de los esclavos griegos y romanos, sino con un esquema como el de las castas indias. La casta oriental tiene algunas de las cualidades del gremio occidental; especialmente la valiosa calidad de la tradición y la acumulación de cultura. Los hombres podían estar orgullosos de sus castas,

como estaban orgullosos de sus gremios. Pero no habían elegido sus castas, como han elegido sus gremios. Hasta donde alcanza la memoria histórica, no habían creado siquiera colectivamente sus castas, como habían creado colectivamente sus gremios. Al igual que el sistema esclavista, el sistema de castas era más antiguo que la historia. Los paganos de la moderna Asia, al igual que los paganos de la Europa antigua, vivían por el propio espíritu del *status*. El *status* en la profesión ha sido aceptado de la misma manera que el *status* en la tribu; y eso en la tribu de bestias y aves más que en la de hombres. El pescador seguía siendo pescador y el pez seguía siendo pez; y antes probaría suerte el perro como gato que el cazador como cocinero. Desde luego que al perro no lo hallaríamos postrado ante el misterioso altar de Pasht[24], ladrando o lloriqueando un voto salvaje, solitario e individual de que a toda costa se convertiría en gato. Pero ésa fue la revuelta y la innovación vital de los votos, en contraste con las castas o la esclavitud; como cuando un hombre hacía voto de ser monje, o el hijo de un zapatero saludaba el santuario de san José, patrono de los carpinteros. Una vez dentro del gremio de los carpinteros, era responsable de una lealtad y una disciplina muy auténticas; pero todo el ambiente social que rodeaba su entrada estaba lleno de la sensación de una decisión individual y personal. Existe un lugar donde aún podemos encontrar este sentimiento; el sentimiento de algo al mismo tiempo libre y definitivo. Podemos sentirlo, si la ceremonia se entiende debidamente, antes y después de los votos matrimoniales en cualquier boda en cualquier iglesia.

Tal ha sido, a grandes rasgos, la naturaleza histórica de los votos, y el papel distintivo que desempeñaron en esa civilización medieval de la que surgió (o cayó) la civilización moderna. Ahora podemos considerar, un poco menos nebulosamente de lo que se suele considerar hoy día, si realmente pensamos que los votos sean buena cosa; si deben romperse; y (como consecuencia natural) si deben pronunciarse. Pero no podremos juzgarlo imparcialmente mientras no reconozcamos, como he intentado sugerir, este hecho principal de la historia: que el voto personal, ya sea feudal, civil o monástico, fue el camino por el que el mundo escapó de la esclavitud en el pasado. Pues el fracaso moderno del mero contrato deja aún en duda si hay algún otro camino para escapar de la esclavitud en el futuro.

La idea, o al menos el ideal, de eso que llamamos voto, es bastante evidente. Es combinar la fijeza que acompaña a lo definitivo con el respeto hacia uno mismo que sólo acompaña a la libertad. Es esclavo el hombre que es dueño de sí mismo, y rey el que es su propio antepasado. Para todo tipo de objetivos sociales tiene la órbita calculable del hombre en estado servil o de casta, pero en la historia de su propia alma sigue persiguiendo, arriesgadamente, su propia aventura. Según lo ven los demás, está tan protegido como si estuviera encerrado en una fortaleza; pero según se ve él mismo puede estar eternamente volando por el cielo o precipitándose a la tierra en una nave voladora. Lo socialmente monótono es producido por lo individualmente heroico; y la ciudad se compone no de simples ciudadanos sino de caballeros andantes. Huelga señalar el papel desempeñado por el monasterio en la civilización europea durante su interregno más bárbaro; incluso aquellos que siguen denunciando a los monasterios los denuncian por dos excentricidades extremas y aparentemente contrarias: se les reprocha la rigidez de su rutina colectiva, y también el carácter fanático de su fanatismo individual. Para lo que nos ocupa, no importaría que el voto matrimonial produjera las incomodidades más austeras del voto monástico. Lo que importa por ahora es que se apoyaba en un sentido de la libre voluntad, y en el sentimiento de que sus males no se aceptaban sino que se elegían. El mismo espíritu recorría todos los gremios y las artes populares y los sistemas sociales espontáneos de toda la civilización. Tenía toda la disciplina de un ejército; pero era un ejército de voluntarios.

La civilización de los votos se disgregó cuando Enrique VIII rompió su propio voto matrimonial. O más bien se disgregó por causa de un nuevo cinismo entre las potencias soberanas de Europa. Los monasterios, construidos por los votos, fueron destruidos. Los gremios, que habían sido regimientos de voluntarios, fueron disueltos. Se negó la naturaleza sacramental del matrimonio; y muchos de los grandes intelectos del nuevo movimiento, como Milton, ya se recreaban en una muy moderna idealización del divorcio. El progreso de esta clase de emancipación avanzó paso a paso al progresar esa ascendencia aristocrática que ha hecho la historia moderna de Inglaterra; con toda su comprensión por la libertad personal, y su total falta de comprensión por la vida popular. El matrimonio

no sólo perdió carácter sacramental sino que perdió santidad. Amenazó con convertirse no sólo en un contrato, sino en un contrato imposible de cumplir. Pues esta cuestión ha conservado una extraña supremacía simbólica entre todas las cuestiones similares, supremacía que parece perpetuar la coincidencia del origen. Empezó con el divorcio para un rey, y ahora acaba en divorcios para todo el reino.

La era moderna que siguió podemos llamarla la era del contrato; pero con más propiedad podemos llamarla la era del contrato leonino. Los nobles de la nueva era primero robaron al pueblo, y luego se ofrecieron a negociar con él. No sería exagerado decir que primero robaron al pueblo, y luego se ofrecieron a estafarlo. Pues sus rentas eran rentas competitivas; su economía, economía competitiva; y su ética, ética competitiva; aplicaban no sólo la legalidad sino la nimiedad. Ya no se volvió a saber nada de las rentas acostumbradas de las haciendas medievales, como tampoco se supo nada más de los salarios estipulados por los gremios medievales. Todo este proceso tenía como objetivo aislar al individuo pobre en sus tratos con el individuo rico; y luego ofrecerse a comprar y vender con él, aunque era necesariamente él mismo el objeto de la compraventa. Es decir que, en cuanto al trabajo, aunque el hombre se suponía que estaba en el lugar del vendedor, en realidad estaba cada vez más en el lugar del esclavo. A menos que se dé marcha atrás a esta tendencia, probablemente se convierta realmente en esclavo. Nunca se utilizará la palabra esclavo, pues siempre es fácil encontrar un eufemismo; pero realmente será un hombre legalmente atado a cierto servicio social, a cambio de seguridad económica. En otras palabras; el experimento moderno del mero contrato se ha venido abajo. Tanto los *trusts* como los sindicatos expresan el hecho de que se ha venido abajo. La reforma social, el socialismo, el socialismo gremial, el sindicalismo, incluso la filantropía organizada, todos son formas de decir que se ha venido abajo. Podría sustituirse con el antiguo *status*, pero tiene que ser algo que comparta la estabilidad del *status*. Hasta ahora, la historia sólo ha encontrado una forma de combinar ese tipo de estabilidad con cualquier tipo de libertad. En este sentido, tiene significado la mal utilizada, en muchos casos, expresión de *ejército de la industria*. Pero el ejército tiene

que fortalecerse, ya sea mediante la disciplina de los reclutas o mediante los votos de los voluntarios.

Si podemos extender la dudosa metáfora de un ejercito de la industria para cubrir la expresión, aún más débil, de *capitanes de la industria*, no hay duda de lo que capitanean ahora esos capitanes. Trabajan para una disciplina centralizada en cada departamento. Erigen un vasto aparato de supervisión e inspección; apoyan todas las restricciones modernas en cuanto a bebida e higiene. Podemos llamarlos amigos de la templanza e incluso de la felicidad; pero ni siquiera sus amigos los llamarían amigos de la libertad. Sólo toleran una forma de libertad, y es la clase de libertad sexual que cubre la ficción legal del divorcio. Si preguntamos por qué sólo queda esta libertad, cuando tantas libertades se han perdido, encontraremos la respuesta en el resumen de este capítulo. Intentan quebrantar el voto del caballero como quebrantaron el voto del monje. Reconocen en el voto la antítesis vital del estado servil, la alternativa, luego el antagonista. El matrimonio hace un pequeño estado dentro del estado, que resiste a toda regimentación. Ese lazo rompe los demás lazos; esa ley resulta más fuerte que toda ley posterior y menor. Desean que la democracia sea sexual mente fluida, porque el nacimiento de pequeños núcleos es como el nacimiento de pequeñas naciones. Como las pequeñas naciones, son una molestia para la mente de alcance imperial. En resumen, lo que temen es, en el sentido más literal, el autogobierno.

Es fácil no ver algo, siempre que sea lo suficientemente grande. Es tan difícil ver el mundo en que vivimos, que sé que muchos verán todo lo que he dicho sobre la esclavitud como una pesadilla sin sentido. Pero si la asociación entre divorcio y esclavitud sólo parece una paradoja inverosímil y teórica, no tengo dificultad en sustituirla con una imagen concreta y conocida. Que se acuerden simplemente de cuando leyeron *La cabaña del tío Tom*, y se pregunten si la más antigua y más simple de las acusaciones contra la esclavitud no ha sido siempre la disgregación de la familia.

IV
LAS TRAGEDIAS DEL MATRIMONIO

EXISTE una opinión muy común entre los de ideas liberales, extremadamente cansina para los de ideas cabales. La representa aquel que dice: «Estos fanáticos despiadados se niegan a enterrarme en tierra consagrada, porque yo siempre me he negado a bautizarme». La persona cabal puede entender fácilmente su punto de vista, en cuanto a que opina que el bautismo no importa. Pero el cabal no entenderá nada cuando se pregunte por qué, si piensa que el bautismo no importa, piensa que la sepultura sí. Si no es imprudente mantenerse lejos de una fuente consagrada, ¿cómo puede ser inhumano que otros lo mantengan lejos de un campo consagrado? Tiene que estar mucho más cerca de la superstición dar más importancia a lo que le hagan a un cuerpo muerto que a un bebé vivo. Entiendo al que considere superstición las dos cosas, o sagradas las dos; pero no entiendo al que se queja de que los demás no le den como cosa sagrada lo que él considera superstición. Sólo está quejándose de que los demás lo traten como lo que él se declara. Es como si alguien dijera: «Mis perseguidores se niegan maliciosamente a hacerme rey porque soy republicano. —O—, Estos brutos sin corazón me tienen tanta manía como abstemio, que se niegan a darme una copa de *brandy*».

La moda del divorcio no sería moda si no estuviera llena de esta conmovedora falacia. En gran parte, se podría resumir como un apetito ilógico y fanático por casarse en una iglesia. Es como el que practica la poligamia sólo porque le pirra la tarta nupcial. O el que consigue zapatos para toda la familia aprovechando los que le atan al coche antes de que se

marche con su flamante esposa. Hay otras maneras de comer tarta o de conseguir zapatos; hay otras maneras de establecer un hogar. Lo que no es razonable es lo que le pide el hombre moderno a las instituciones religiosas de sus abuelos. El hombre moderno quiere comprar sólo un zapato, obtener media revelación sobrenatural, estar en misa y repicando.

No estoy basando este libro en el argumento religioso; y por eso no me detendré para preguntar por qué las viejas instituciones católicas parecen ser especial objeto de estas quejas poco razonables. De hecho, nadie propone que un feroz antisemita como M. Drumont[25] sea enterrado como judío, con todo el ritual de la sinagoga. Pero los tolerantes estaban furiosos porque Tolstoi, que tan ferozmente había censurado a la ortodoxia rusa, no fue enterrado como ortodoxo, con todos los ritos de la Iglesia rusa. Nadie insiste en que el que quiera cincuenta esposas, cuando la religión de Mahoma permite cinco, tenga las cincuenta con el visto bueno de la religión de Mahoma. Pero los tolerantes se enfadan mucho porque a un cristiano que quiere tener varias esposas, cuando por voluntad propia se comprometió con una, no lo dejan romper su voto en el mismo altar donde lo hizo. Nadie se empeña en que los bautistas sumerjan totalmente a personas que niegan las ventajas de la inmersión total. Nadie espera que los mormones reciban a los que se burlan del Libro de Mormón, ni que los cienciólogos presten sus templos para exponer como embaucadora a su fundadora, la señora Eddy. Sólo se les piden cosas incoherentes a las iglesias cristianas que siguen la línea católica. Y me parece que incluso esa incoherencia es un homenaje a la aceptación de la idea católica de manera católica. Puede que la gente, en el fondo, tenga la idea de que nadie tiene que pertenecer a la iglesia mormona, pero que todos, en última instancia, pertenecen a la Iglesia; que aunque haya contraído docenas de matrimonios mormones en una vida errabunda y entretenida, uno no tendrá a dónde ir si no encuentra el camino de vuelta al camposanto. Pero todo esto concierne a la cuestión teológica en general y no a lo que nos ocupa, que es la cuestión histórica y social. Lo que importa es la incoherencia, al menos superficial, de pedir una conformidad formal a las instituciones, que sólo pueden darla incoherentemente.

He planteado primero la cuestión de qué es el matrimonio. Y ahora estamos preparados para plantearnos con más claridad qué es el divorcio. No es simplemente la negación o el abandono del matrimonio; pues cualquiera puede abandonar el matrimonio en cualquier momento. No es la disolución de la obligación legal del matrimonio, ni siquiera la obligación legal de la monogamia, por la sencilla razón de que tal obligación no existe. Cualquier londinense actual puede tener cien esposas si no las llama esposas, o más bien, si no se somete a ciertas ceremonias más o menos místicas para asegurar que son esposas. Podría crear una cierta frialdad social en torno a su hogar, una cierta disminución de su popularidad en general. Pero esto no lo crea la ley, y no lo podría impedir la ley. Como comentó muy sensatamente lord Salisbury, en cuanto al boicot en Irlanda: «¿Cómo se puede prohibir por ley que la gente salga de una habitación cuando entra alguien que no le gusta?». El policía no puede presentarnos al polígamo a la fuerza. No sería una afirmación de la libertad social, sino la negación de la libertad social, que nos obligaran a relacionarnos con todos los libertinos de la sociedad. Pero el divorcio no es en este sentido mera anarquía. Al contrario, el divorcio es en este sentido respetabilidad; incluso un rígido exceso de respetabilidad. Realmente podríamos, sin ser injustos, llamar al divorcio esnobismo. El divorcio se define como el intento de dar respetabilidad, y no libertad. Es el intento de dar un cierto *status* social, y no un *status* legal. En verdad se supone que esto puede hacerse mediante el cambio de ciertas formas legales; y esto será más o menos cierto, según hasta qué punto la ley como tal imponga a la opinión pública un respeto temeroso, o sea valorada como verdadera expresión de la opinión pública. Si un hombre divorciado a la manera exaltada de Enrique VIII defendiese su título legal entre el campesinado de Irlanda, por ejemplo, creo que se encontraría con que aún existe diferencia entre la respetabilidad y la religión. Pero lo peculiar es que muchos están reclamando la bendición de la religión además de la de la respetabilidad. Querrían dar a sus muy naturales, y a veces muy perdonables experimentos, un cierto ambiente, incluso un glamur, que sin duda ha pertenecido al estado matrimonial en la cristiandad histórica. Pero antes de que intenten hacer esto, estaría bien preguntar por qué apareció tal dignidad, o en qué consistió. Y sospecho que

nos encontraremos de frente con la muy sencilla verdad de que la dignidad surgió entera y únicamente de la fidelidad; y que el glamur nació del voto. La gente se revestía de una cierta dignidad porque se había dedicado de cierta manera; se había atado a ciertas obligaciones y, si se prefiere, a ciertas incomodidades. Puede que sea irracional soportar estas incomodidades; puede que incluso sea irracional respetarlas. Pero desde luego es mucho más irracional respetarlas para luego trasladar artificialmente ese mismo respeto a su ausencia. Es como si esperásemos que saludasen a los uniformes al desbandarse un ejército; como si pidiésemos que la gente aclamase al uniforme cuando no contuviese un soldado. Si crees que puedes abolir la guerra, hazlo; pero no creas que cuando no queden guerras que librar, aún habrá soldados que adorar. Si fue buena la disolución de los monasterios, admitámoslo y fuera. Pero los nobles que disolvieron los monasterios no se afeitaron la cabeza, ni pidieron que se les considerase santos sólo por esa ceremonia. Los nobles no se vistieron de abad, ni pidieron que se les atribuyese el don de hacer milagros, por la austeridad de sus votos de pobreza y castidad. Se metieron en las casas, pero no en las capuchas, y mucho menos en las aureolas. Ellos al menos sabían que el hábito no hace al monje. No eran tan supersticiosos como estos modernos, que creen que el velo hace a la novia.

Lo que se respeta, en resumen, es la fidelidad a la antigua bandera de la familia, y la disposición a luchar por lo que he definido como su libertad única. Digo disposición a luchar, porque afortunadamente la lucha es la excepción y no la regla. Al soldado no se le respeta porque esté condenado a morir, sino porque está dispuesto a morir; dispuesto incluso para la derrota. El casado no está condenado a lo malo, a la enfermedad ni a la pobreza; pero se le respeta por dar cierto paso para lo bueno y lo malo, para la riqueza y la pobreza, para la salud y la enfermedad. Pero esta línea argumental tiene un resultado que debería corregir un peligro que hay en algunos argumentos del mismo bando.

Es muy esencial que los reparos hacia el divorcio, que son simplemente una defensa del matrimonio, estén libres de sentimentalismo, sobre todo bajo la forma de lo que se llama optimismo. El hombre que justifica la lucha por la independencia nacional o por la libertad civil no es ni

sentimental ni optimista. Explica el sacrificio, pero no lo anula. No dice que las heridas de bayoneta sean pinchazos ni arañazos producidos por una rosa. No dice que el despliegue de armas sea un despliegue festivo de fuegos artificiales. Al contrario, al alabarlo más, lo alaba como dolor y no como placer. El dolor aumenta la alabanza; está orgulloso de que ni el militarismo ni la ciencia moderna puedan producir un instrumento de tortura que dome el espíritu humano. Es inútil, al hablar de guerra, enfrentar al realista con el romántico, el heroico; pues todo realismo posible sólo puede incrementar el heroísmo; y así, en el sentido más elevado, incrementar el romanticismo. No comparo el matrimonio con la guerra, pero sí comparo el matrimonio con la ley, o la libertad, o el patriotismo, o el gobierno popular, o cualquiera de los ideales humanos que con frecuencia hay que defender guerreando. Incluso los más descabellados de esos ideales, que parecen escapar a toda la disciplina de la paz, no escapan a la disciplina de la guerra. Puede que los bolcheviques hayan tenido como objetivo la pura paz y libertad, pero su propio objetivo los ha obligado, primero, a formar ejércitos y, luego, a mandarlos. En resumen, no importa lo hermosas que nos parezcan nuestras propias visiones de beatitud, los hombres tienen que sufrir para ser hermosos, e incluso sufrir un considerable intervalo de fealdad. Y no es mi intención negar el hecho de que la humanidad sufre mucho al enarbolar el estandarte del matrimonio; lo mismo que sufre mucho por la necesidad de una ley criminal o la recurrencia de cruzadas y revoluciones. La cuestión es si el matrimonio es en realidad, como yo sostengo, un ideal y una institución encaminada a la libertad popular; nadie tiene que decirme que cualquier cosa encaminada a la libertad popular hay que pagarla en vigilancia y dolor, y todo un ejército de mártires.

Lejos de mi intención negar los casos duros que existen en este asunto, como en todos los que implican la idea del honor. Pues realmente no podría negarlos sin negar todo el paralelismo de moralidad militante sobre el que descansa mi argumentación. Pero una vez entendido esto, haremos bien en discutir más detalladamente lo que se describe como las tragedias del matrimonio. Y lo primero que hay que decir sobre las más trágicas de todas es que no son en absoluto tragedias del matrimonio. Son tragedias del sexo; y podrían ocurrir fácilmente en una historia de amor muy moderna en la que

no se mencionase el matrimonio para nada. Generalmente se simplifica diciendo que el elemento trágico es la ausencia de amor. Pero a menudo se olvida que otro elemento trágico es con frecuencia la presencia del amor. Los doctores del divorcio, realistas hombres de mundo, francos y simpáticos, siempre recomiendan con regocijo la sensata separación por acuerdo mutuo. Pero si de verdad hemos de renunciar a nuestros sueños de dignidad y honor; si de verdad hemos de recurrir al franco realismo de nuestra experiencia como hombres de mundo, entonces lo primero que nos dice nuestra experiencia es que muy pocas veces se trata de separación por acuerdo mutuo; es decir, que el acuerdo muy pocas veces es sincera y espontáneamente mutuo. El problema más común con diferencia en estos casos es que una parte quiere terminar la relación y la otra no. Y de esa situación emocional sólo puede resultar una tragedia, se mire como se mire. Con o sin matrimonio, con o sin divorcio, con o sin esas circunstancias que nadie puede sugerir ni imaginar, sigue siendo una tragedia. La única diferencia es que, gracias a la doctrina del matrimonio, será una tragedia noble y fructífera; como la del hombre que cae luchando por su patria, o muere dando testimonio de la verdad. Pero la verdad es que los innovadores tienen el mismo falso optimismo en cuanto al divorcio que los románticos pueden haber tenido en cuanto al matrimonio. Ven su historia, cuando termina en el tribunal de divorcios, a través de una nube de sentimentalismo tan rosada como nadie vio jamás una historia que terminaba con campanas de boda. El reformista está seguro de que una vez que el hada madrina divorcie al príncipe y la princesa, vivirán felices y comerán perdices. Me gusta el romance, pero me gusta que esté arraigado en la realidad; y cualquiera con un poco de realismo sabe que nueve de cada diez parejas, al divorciarse, se quedan en un estado muy diferente. Acertaremos al decir, en la mayoría de los casos, que uno de los dos no podrá encontrar la felicidad en un encaprichamiento, y el otro desde el principio aceptará una tragedia. En el reino de la realidad, y no del romance, suele ser caso de romper corazones además de romper promesas; e incluso el deshonor no remedia siempre el remordimiento.

La siguiente limitación a establecer en el asunto afecta a ciertas formas prácticas de incomodidad, a un nivel más bajo que el amor o el odio. Los

casos más comúnmente citados conciernen a lo que se llama «bebida» y a lo que se llama «crueldad». Siempre se habla de ellos como cuestiones de hecho; aunque en la práctica son muy decididamente cuestiones de opinión. No es frivolidad, sino realidad, que la desgracia de la mujer casada con un borracho tal vez tendría que sopesarse con la desgracia del hombre casado con una abstemia. Pues la propia definición de la embriaguez puede depender del dogma de la sobriedad. Embriaguez, se ha señalado con mucha razón, «puede significar cualquier cosa desde el *delirium tremens* hasta tener más aguante que el funcionario designado para dirigir la investigación». Bernard Shaw comentó, parece que en serio, que cualquier hombre que bebiera vino o cerveza en cualquier cantidad estaba incapacitado para manejar un automóvil, y aún más, se suponía, para manejar a una esposa. Aquí la balanza está cargada, por supuesto, con todas esas falsas pesas del esnobismo que son la maldición de la justicia en este país. La clase trabajadora se ve obligada a disfrutar casi en público de una costumbre festiva normal y variada, que la clase superior puede permitirse el lujo de disfrutar en privado; y un cierto sector de la clase media, la que casualmente más se implica en la política local y en las reformas sociales, realmente tiene o simula una pauta anormal e incluso extraña. Pueden llegar a cualquier injusticia al tratar con el trabajador o la trabajadora a quien se acuse de que le gusta demasiado la cerveza. Por mencionar una cosa entre mil, los reformistas de clase media evidentemente ignoran a qué hora empiezan a trabajar los trabajadores. Ellos mismos, a las once de la mañana, acaban de terminar el desayuno y la digestión moral del *Daily Mail*, y por eso creen que la limpiadora que bebe cerveza a esa hora es de las que se levantan temprano para seguir con bebidas fuertes. La mayoría de ellos no saben que esa señora ya ha cumplido más de la mitad de una dura jornada laboral, y ahora disfruta de un almuerzo muy razonable. Todo el problema de la bebida proletaria está enredado en una maraña de malentendidos así; y no cabe duda de que, juzgados por estas generalizaciones, los pobres se verán atrapados en una red de injusticias. Y esta verdad es tan cierta en el caso de lo que se llama crueldad como en el de lo que se llama bebida. En nueve de cada diez casos, el juicio a un peón caminero por pegar a una mujer es más o menos igual de justo que un juicio que se le hiciera por no

descubrirse ante una dama. Es prueba de clase; puede ser superioridad de clase; pero no es un acto de justicia igualitaria entre las clases. Deja fuera mil cosas: la provocación, el ambiente, las agobiantes limitaciones de espacio, el constante importunar que Dickens describió como los horrores del «mal genio en una carreta», la ausencia de ciertos tabúes de educación social, la tradición de mayor rudeza incluso al mostrar afecto. En el caso de un hombre así, hacer que el matrimonio o el divorcio dependan de un golpe es como dinamitar toda la vida de un caballero porque ha dado un portazo. El pobre a menudo no puede dar un portazo, en parte porque se le puede caer la casa, pero sobre todo porque no tiene a dónde ir: aún no posee sala de fumar, sala de billar ni sala de música color pavo real.

Digo esto de pasada, para señalar que, aunque ni se me ocurre insinuar que sólo existan matrimonios felices, tal como funcionan las cosas hoy, con toda seguridad habrá un gran número de divorcios infelices e injustos. Serán casos en los que la parte inocente reciba el castigo que corresponde a la parte culpable, por ser de hecho y sentimiento la parte fiel. Por ejemplo, se insiste en que al casado se le debe liberar al menos de la compañía de una lunática; pero también es cierto que los reformistas científicos, con sus líos en cuanto a los «débiles mentales», cada vez dan definiciones más amplias para el lunatismo. El proceso podría empezar liberando a alguien de un maníaco homicida, y acabar tratando de la misma manera al conversador aburrido. Pero de hecho nadie niega que se deba permitir algún tipo de liberación de un maníaco homicida. La más extrema escuela de ortodoxia sólo mantiene que cualquiera que haya tenido esa experiencia debe contentarse con esa liberación. Es decir, que debe contentarse con esa experiencia del matrimonio, y no buscar otra. Me parece que lo expresó con mucho ingenio un católico amigo mío, que dijo que le parecía bien la liberación siempre que no implicase repetición.

Por decirlo toscamente, estamos dispuestos en algunos casos a escuchar al hombre que se queja de tener una esposa. Pero no estamos dispuestos a escuchar con la misma paciencia al mismo hombre cuando vuelva para quejarse de que no tiene esposa. En la práctica, en este momento, la gran mayoría de las quejas son precisamente de este tipo. Los reformistas insisten especialmente en el patetismo de la posición del hombre que ha

obtenido la separación sin divorcio. El caso más trágico es el del hombre que, libre ya de todos esos males que tenía, sólo pide que le permitan volar a otros que no conoce. Yo sería el último en negar que, en ciertas circunstancias emocionales, su tragedia puede ser realmente muy trágica. Pero su tragedia es de las emocionales que nunca pueden eliminarse del todo; y que él mismo, con toda probabilidad, ha infligido a la pareja a la que ha abandonado. Podemos decir que es el precio de mantener un ideal o el precio de cometer un error; pero de cualquier forma es el centro de toda nuestra distinción en el asunto; es aquí donde ponemos el límite, y nunca he negado que es una línea de batalla. La batalla se libra sobre el terreno debatible, no del dudoso pasado de un hombre, sino de su aún más dudoso futuro. En una palabra, la controversia sobre el divorcio no es en realidad una controversia sobre el divorcio. Es una controversia sobre las segundas nupcias; o más bien sobre su validez como matrimonio.

Y con eso sólo podemos volver a la cuestión de honor que he comparado aquí con una cuestión de patriotismo; pues es al mismo tiempo la clase más pequeña y la más grande de patriotismo. Han muerto hombres con sufrimiento, durante los últimos cinco años, por cuestiones de patriotismo mucho más dudosas y fugaces. Hombres como los polacos o lo serbios, a través de largos períodos de la historia, puede decirse que han vivido sufriendo. Nunca admitiré que la necesidad vital de la libertad de la familia, como he intentado esbozarla aquí, no sea una causa tan valiosa como la libertad de cualquier frontera. Pero sí estoy dispuesto a reconocer que la causa sería oscura y terrible, si realmente pidiese a estos hombres que padecieran sufrimientos. Tal como la he expuesto, en sus términos más extremos, sólo les pido que padezcan abnegaciones. Y esos sufrimientos negativos sí creo que por su honor están llamados a soportarlos, por la gloria de su propio juramento y de las grandes cosas por las que viven las naciones. En relación a su patria, la mayoría de los hombres normales sentirán que esta distinción entre liberación y repetición no es ni caprichosa ni áspera, sino muy racional y humana. El patriota puede ser un exiliado en otro país, pero no será patriota de otro país. Llevará con la alegría que pueda su posición anormal; cantará o no las canciones de su patria en tierra extraña; pero no cantará canciones extrañas como si fueran propias. Y así

puede con justicia ser la actitud del ciudadano que se ha exiliado de la más antigua de las ciudades terrenales.

V
EL PANORAMA DEL DIVORCIO

LA defensa del divorcio combina todas las ventajas de estar en misa y repicando, de llegar a la misma conclusión desde la derecha y desde la izquierda, desde el blanco y desde el negro. Funcione como funcione ese programa en la práctica, se puede justificar en teoría. Si hay pocos ejemplos de divorcio, eso demuestra lo poco que hay que temer al divorcio; si hay muchos, demuestra que hace mucha falta. La rareza del divorcio es un argumento a favor del divorcio; la multiplicidad del divorcio es un argumento contra el matrimonio. Ahora, en verdad, si nos limitáramos a considerar esta alternativa de manera especulativa, si no hubiera hechos concretos sino sólo probabilidades abstractas, no nos resultaría difícil defender nuestra causa. La libertad abstracta permitida por los reformistas es lo más parecido a la anarquía, y no da ninguna garantía lógica ni legal digna de mención. Las ventajas de su reforma no corresponden a la parte inocente, sino a la parte culpable; sobre todo si es lo suficientemente culpable. Sólo hay que cometer el crimen del abandono para obtener la recompensa del divorcio. Y, si tienen derecho a tomar como típicos los más horribles casos de abuso de las leyes matrimoniales, entonces nosotros tenemos el mismo derecho a fijarnos en casos igualmente extremos de abuso de sus propias leyes de divorcio. Si ellos, al buscar un ejemplo de marido, a menudo dan con el maníaco homicida, entonces nosotros podremos presentarles cortésmente la figura, mucho más humana, del caballero que se casa con todas las mujeres que le da la gana y se deshace de ellas cuando place. Pero en realidad no hace falta que presentemos estos

argumentos abstractos; pues el amable caballero en cuestión existe sin duda en concreto. Claro que no es un personaje nuevo; es un truhán muy recurrente; se ha llamado Lotario o don Juan; y con frecuencia nos lo han representado como un truhán bastante romántico. El objetivo de la reforma divorcista, no me cansaré de repetirlo, es que el truhán no sólo resulte romántico sino respetable. No se le pide que eche sus canas al aire y luego siente la cabeza, sino que eche sus canas al aire todas las veces que quiera. Las considerarán unas canas mansas e inofensivas; casi puritanas. Pero como digo, no hay que especular sobre si podrá prevalecer la cara más liberal del divorcio, pues ya está prevaleciendo. Los periódicos están llenos de una asombrosa hilaridad sobre la rapidez con que miles de familias humanas están siendo destruidas por los abogados; y sobre la descarada prisa de los «jueces expeditos» que realizan el trabajo. Es una hilaridad que recuerda la alegría del enterrador en una ciudad barrida por la peste. Pero de vez en cuando se vislumbran algunos detalles en la alegre danza; a veces al tribunal lo mueve una momentánea curiosidad acerca de las causas de este quebranto general de juramentos y promesas; como si pudiera haber, aquí o allá, alguna pista sobre la razón por la que se destruye la institución fundamental de la sociedad. Y nadie que se fije en esos detalles, ni considere esos leves vahos de sensatez, puede dudar ni por un momento de que multitud de hombres y mujeres están utilizando el divorcio en el espíritu del amor libre. Muy pocas veces son personas que han caído una vez trágicamente en el lugar equivocado, y ahora han encontrado el camino triunfalmente al lugar correcto. Casi siempre son personas que evidentemente vagabundean de un lado a otro, y probablemente abandonarán su último refugio igual que han abandonado el primero. Pero parece divertirles hacer de nuevo, a ser posible en una iglesia, una promesa que ya han roto en la práctica y que con casi toda seguridad no se creen en principio.

En vista de esta moda precipitada, de verdad que es razonable preguntar a los reformistas del divorcio cuál es su postura en cuanto a la vieja ética monógama de nuestra civilización; y si desean conservarla en general, o conservarla en absoluto. Desgraciadamente, incluso los más sinceros y los más lúcidos entre ellos utilizan un lenguaje que deja el asunto un poco

dudoso. El señor E. S. P. Haynes[26] es uno de los más brillantes y justos polemistas de aquel lado; y ha dicho, por ejemplo, que está de acuerdo conmigo en apoyar el ideal del matrimonio indisoluble o, al menos, no disuelto. El señor Haynes es uno de los pocos amigos del divorcio que son también auténticos amigos de la democracia; y estoy seguro de que, en la práctica, esto significa un verdadero compromiso con el hogar, sobre todo con el hogar pobre. Desgraciadamente, en el lado teórico, la palabra «ideal» está lejos de ser un término exacto, y está abierta a dos interpretaciones casi opuestas. Pues muchos dirían que el matrimonio es un ideal de la misma manera que algunos dirían que el monacato es un ideal, en el sentido de que es un ideal imposible. Desde luego que podríamos conservar de esta manera un ideal conyugal. A un hombre podrían señalarlo reverentemente por la calle como una especie de santo, sólo por estar casado. Podría llevar una medalla por su monogamia, o siglas detrás de su nombre; digamos, V. E. por «Vive con su Esposa», o N. D.A. por «No Divorciado Aún». Al llegar a una ciudad desconocida podríamos sorprendernos ante un monolito erigido a la memoria de la esposa que jamás se fugó con un soldado, o el santuario, con su imagen, de un personaje histórico que, resistiéndose al ejemplo del hombre de la balada del *New Witness*, no desapareció con la niñera de sus hijos. Una hagiografía de tal altura estaría en consonancia con la frase del señor Haynes en cuanto a la conservación del ideal del matrimonio. Pero no estaría en consonancia con la utilidad perfectamente sencilla, sólida, secular y social que he atribuido al matrimonio. No crea ni conserva una institución natural, normal para toda una comunidad, para equilibrar la institución del Estado, más artificial y aún más arbitraria; la cual es menos natural aunque sea igualmente necesaria. No defiende una asociación voluntaria, sino que deja el único dominio de la vida, la muerte y la lealtad en manos de una institución más coercitiva. En el sentido que he intentado explicar, no representa el principio de la libertad. O sea que no hace ninguna de las cosas que el propio señor Haynes querría especialmente que se hicieran.

Para que la humanidad se organice espontáneamente desde abajo, es necesario que la organización sea casi tan universal como la organización oficial desde arriba. El tirano tiene que ver no una familia sino muchas familias desafiando su poder; tiene que ver a la humanidad no como una

polvareda de átomos, sino fija en sólidos bloques de fidelidad. Y esos grupos humanos tienen que sostenerse unos a otros. En este sentido, lo que algunos llaman individualismo es tan corporativo como el comunismo. Es cosa de voluntarios; pero los voluntarios tienen que ser soldados. Es una defensa de las personas privadas; pero podemos decir que esas personas tienen que ser reclutas. La familia tiene que estar reconocida, además de ser una realidad; sobre todo, la familia tiene que estar reconocida por las propias familias. Esperar que los individuos sufran con éxito por un hogar fuera del hogar, esto es, por algo incidente pero no una institución, es de verdad confundir dos ideas; es un sofismo verbal casi como un juego de palabras. De manera parecida, por ejemplo, no podemos demostrar la fuerza moral del campesinado señalando a un campesino; sería como pretender revelar la fuerza militar de la infantería señalando a un infante.

Pero creo que los defensores del divorcio no pretenden que el matrimonio sea ideal sólo en el sentido de ser casi imposible. No pretenden que un marido fiel sea admirado sólo como fanático. Los razonables entre ellos pretenden de verdad que la persona divorciada sea tolerada como una rareza desafortunada, no sólo que al casado se le admire como algo inusualmente bendito e inspirado. Pero sea lo que sea lo que pretenden, harían bien en darse cuenta exactamente de lo que hacen, y en este caso me gustaría oír sus críticas en cuanto a lo que ven. Tienen que darse cuenta de que en Inglaterra ahora mismo, igual que en muchas partes de América en el pasado, la nueva libertad se toma con un espíritu de licencia como si las excepciones fueran a ser la regla, o más bien la ausencia de reglas. Esto se entenderá si pensamos que el efecto del proceso es acumulativo como una bola de nieve, y que vuelve sobre sí mismo como una bola de nieve.

El efecto evidente del divorcio frívolo será el matrimonio frívolo. Si la gente puede separarse sin motivo, le parecerá fácil unirse sin motivo. Un hombre podría prever claramente que su encaprichamiento sensual será fugaz, y consolarse sabiendo que el enlace será igualmente fugaz. No hay ningún motivo por el que no pueda calcular detalladamente que soportará el carácter de una señora determinada durante diez meses; o que en dos años conocerá y agotará su repertorio de canción ligera. El viejo chiste del que elige una esposa que le siente bien a los muebles podrá muy lógicamente

volver, no como viejo chiste sino como nueva solemnidad; de hecho, veremos que los viejos chistes suelen volver bajo la forma de nueva religión. Un hombre podría, muy coherentemente, ver a una mujer como apropiada para la época de la falda de tubo, pero menos apropiada para el cancán que amenaza con volver. Estos disparates son fantásticos, pero no más que muchos hechos que se exponen en los tribunales de divorcio. Y esto deja friera el hecho más fantástico de todos: el guiño hacia la connivencia generalizada y conspicua. La connivencia se ha convertido no tanto en una evasión ilegal como en una ficción legal, incluso una institución legal, como satiriza admirablemente el señor Somerset Maugham en su brillante obra *Home and Beauty*. El hecho fue muy francamente expuesto ante el público por un hombre eminentemente dotado para desarmar la sátira por medio de la sinceridad. Al coronel Wedgewood[27] nunca lo podremos honrar lo suficiente todos los que aún esperamos que las libertades populares encuentren defensores en medio de la corrupción parlamentaria. Es uno de los poquísimos hombres actuales que han mostrado coraje tanto militar como político; el coraje del campamento y el coraje del foro. Y sin duda mostró un tercer tipo de coraje social, al reconocer el absurdo recurso que tantos otros se contentan simplemente con aceptar y utilizar. Admitámoslo: es una locura y una farsa que el hombre bueno vea necesario fingir que ha pecado. Algunos moralistas del divorcio parecen deducir de esto que debería realmente cometer el pecado. Puede que sean conscientes de que algunos no estamos de acuerdo.

Pues esto último es el siguiente paso en el progreso especulativo de la nueva moralidad. Los defensores del divorcio tienen que ser conscientes de que la civilización moderna aún contiene elementos fuertes, no los menos inteligentes y desde luego no los menos vigorosos, que no aceptan la nueva respetabilidad como sustituto del viejo voto religioso. La Iglesia católica, la escuela anglocatólica, los campesinados conservadores, y una gran parte de la vida popular en todas partes, verán el alboroto de divorcios y segundas nupcias como verían cualquier otro alboroto de irresponsabilidad. Parece que, en consecuencia, aparecerán dos normas diferentes en la moralidad común, y también en la sociedad común. En lugar de la vieja distinción

social entre los casados y los solteros, se distinguirá entre los casados y los verdaderamente casados. Incluso puede que la sociedad se divida en dos sociedades, algo que se acerca peligrosamente a la famosa exageración de Disraeli[28] en cuanto a una Inglaterra dividida en dos naciones. Pero se divida o no Inglaterra, este comentario sobre las dos naciones es el verdadero aviso en este asunto. Tal vez sea a este respecto como tengamos que considerar con más seriedad y con más dudas el futuro de nuestra patria.

La anarquía no puede durar, pero las comunidades anárquicas tampoco pueden. La mera falta de ley no puede sobrevivir, pero puede destruir la vida. Las naciones de la tierra siempre vuelven a la cordura y la solidaridad; pero las que vuelven antes son las que sobreviven. Los ingleses no podemos permitir que las instituciones sociales se desmoronen, como si este antiguo y noble país fuese una efímera colonia. No podemos permitirlo comparativamente, incluso si pudiéramos permitirlo positivamente. Estamos rodeados de naciones vigorosas arraigadas principalmente en ideales campesinos o permanentes, sobre todo en los casos de Francia e Irlanda. Sé que la detestada y detestablemente antidemocrática *claque* parlamentaria, que corrompe Francia al igual que Inglaterra, ha sido persuadida o sobornada por un judío llamado Naquet[29] para que aprobase una ruda ley de divorcio, repleta de odio hacia el cristianismo. Pero sólo un crítico muy superficial de Francia puede no ser consciente de que el parlamentarismo francés es superficial. La nación francesa en su conjunto, la nación más rígidamente respetable del mundo, seguirá manteniendo las viejas normas de la domesticidad. Los franceses, si no son cristianos, son paganos; los paganos que adoraban los lares. Podría parecer raro decir, por ejemplo, que un ateo como M. Clemenceau tiene como principal ideal algo llamado piedad. Pero para entender esto sólo hay que saber un poco de latín, y un poco de francés.

Soy consciente de que, hace poco, habría parecido muy extraño hablar de las viejas comunidades religiosas y campesinas bien como modélicas, bien como amenazadoras. Se consideraba una rareza decirlo, en la época en que mis amigos y yo lo decíamos por primera vez; en la época de mi juventud, cuando la República francesa y la religión irlandesa se

consideraban ridículas y decadentes. Pero han pasado muchas cosas desde entonces; y ahora no será tan fácil convencer siquiera a los lectores de prensa de que Foch[30] sea tonto, por francés o por católico. La tradición más antigua, incluso bajo las formas más pasadas de moda, ha encontrado defensores en los sitios más inesperados. Hace pocos días, el doctor Saleeby, distinguido crítico científico que se había erigido como defensor de la educación y la organización que llamamos ciencia social, sorprendió a propios y extraños diciendo que las familias campesinas del oeste de Irlanda estaban en condiciones mucho más satisfactorias que las que estaban bajo el cuidado de la benévola sociología de Bradford. Ofreció su testimonio desde un punto de vista totalmente racionalista e incluso materialista; de hecho, llevó el racionalismo tan lejos como para dar preferencia a Roscommon[31] porque sus mujeres siguen siendo mamíferos. Para una mente más tradicional bastaría con decir que siguen siendo madres. A una memoria que retenga los movimientos líricos y las leyendas de la humanidad, tal vez no le resulte un gran avance imaginar una canción que diga: «*Mi mamífero me dice que me recoja el pelo*», o «*Voy a ser la reina de mayo, mamífero, voy a ser la reina de mayo*». Pero la verdad a la que atestiguaba Saleeby es de lo más sorprendente, porque para él era materialista y no mística. La ventaja biológica bruta, al igual que todas las demás ventajas, era de aquéllos para los que la verdad era verdad; y era más instintiva y automática donde esa verdad era tradición. La clase de lugar donde las madres son algo más que mamíferos, es la única clase de lugar donde aún son mamíferos. Allí las personas siguen siendo animales sanos; lo suficientemente sanos como para pegarte si les llamas animales. En esta ocasión de mera controversia, también he utilizado siempre el argumento racionalista y no el religioso. Pero es razonable señalar que las ventajas materialistas en realidad las detentan quienes más repudian el materialismo. Este testimonio aislado no es sino uno entre mil, que convencerá a cualquiera con sentido de los ambientes sociales de que el día de los campesinados no ha pasado, sino que está por llegar. Las sociedades más complejas son las que están ahora enredadas en sus propias complejidades. Aquellos que nos dicen, con monótona metáfora, que no podemos volver atrás el reloj, parecen curiosamente inconscientes de que su propio reloj se ha parado. Y no hay

nada tan desamparado como un reloj cuando se para. Una máquina no puede arreglarse sola; hace falta que alguien la arregle; y el futuro está en los que puedan hacer leyes vivas para las personas, y no meras leyes muertas para las máquinas. Esas leyes vivas no se encuentran en el frívolo escepticismo que bulle en las grandes ciudades, disolviendo lo que no es capaz de analizar. Las leyes primarias del hombre se encuentran en la vida permanente del hombre; en esas cosas que han sido comunes a ella en todo tiempo y lugar, aunque en la civilización más desarrollada han alcanzado un enriquecimiento como el del divino romance de Caná de Galilea. Sabemos que muchos de los que critican esa historia dicen que sus elementos no son permanentes; pero en realidad son los críticos los que no son permanentes. Desde el principio, el hombre se ha visto atribulado por cien perros rabiosos de herejía; pero siempre ha sido el perro el que ha muerto. Sabemos que existe una escuela de pedantes que reniegan del vino; y puede que exista ahora otra escuela de pedantes que renieguen de la boda. Pues en tal caso como la historia de Caná, podemos señalar que los pedantes tienen tantos prejuicios o más en contra de los elementos terrenales como de los celestiales. No es lo sobrenatural lo que les disgusta, sino lo natural. Y los que hemos visto cómo los especuladores aleatorios desarraigaban todas las reglas y relaciones normales de la humanidad, como si fueran abusos anormales y casi accidentes, entenderemos por qué el hombre ha buscado algo divino siempre que ha deseado conservar cualquier cosa humana. Sabremos por qué el sentido común, desterrado de esa academia de las modas pasajeras, dirigida como si se tratase de un manicomio de lujo, siempre ha buscado refugio en la gran cordura de un sacramento.

VI
CONCLUSIÓN

ESTO es un panfleto, y no un libro; y el escritor de panfletos trata de cosas no sólo pasajeras, sino generalmente de cosas que espera que pasen. En ese sentido, el objetivo del panfleto es quedar trasnochado tan pronto como sea posible. Sólo puede sobrevivir si no triunfa. Los panfletos de éxito son necesariamente aburridos; no tengo esperanza de que este tenga éxito, pero aún así me atrevo a decir que es bastante aburrido. Su intención es simplemente señalar ciertas proposiciones fugaces del momento, y compararlas con ciertas necesidades recurrentes de la especie; pero sobre todo la necesidad de alguna formación social espontánea más libre que la del Estado. Si fuese algo más parecido a una obra literaria, con alguna ambición de perdurar, podría profundizar más en el asunto, y dar algunas sugerencias sobre la filosofía o religión del matrimonio, y la filosofía o religión de todos estos alejamientos aleatorios de aquél. Algún día, tal vez intente escribir algo sobre la enemistad espiritual o psicológica entre la fe y las modas. Aquí sólo diré, para concluir, que creo que la falacia universal en este caso es la falacia de ser universal. Existe un sentido en el que de verdad es posible, aunque heroico, amar a todos; y al joven estudioso no le vendrá mal, como ejercicio preliminar, amar a alguien. Pero me refiero a la falacia del hombre que ni siquiera se conforma con amar a todos, sino que desea realmente ser todos. Desea recorrer cien caminos a la vez; dormir en cien casas a la vez; vivir cien vidas a la vez. Hacer algo así en la imaginación es una de las visiones aisladas del arte y de la poesía; intentarlo en el arte de la vida no sólo es anarquía sino inacción. Incluso en las artes sólo puede ser el

primer destello y nunca el cumplimiento definitivo; un hombre no puede trabajar a la vez el bronce y el mármol, ni tocar el órgano y el violín al mismo tiempo. La ilusión universal de ser un Briareo así es una pesadilla sin sentido incluso en el mundo imaginativo; y en el mundo social termina en mero nihilismo. Si un hombre tuviera cien casas, aún así existirían más casas que días para soñarlas; si tuviera cien esposas, aún así existirían más mujeres de las que pudiera conocer. Sería un sultán demente, celoso de la humanidad entera, incluso de los muertos y los no nacidos. Creo que, detrás del arte y de la filosofía de nuestro tiempo, existe un considerable elemento de esta ambición sin medida y esta sed poco natural; y como en estas últimas palabras sólo estoy rozando cosas que necesitarían mucha más atención, reconoceré que la división del antiguo techo del hombre probablemente sea sólo una parte de esa expansión tan sin fin y tan vacía. Preguntaba, en el último capítulo, qué esperaban, para sí y para sus hijos, los que más locamente se meten en la danza del divorcio, tan fantástica como la danza de la muerte. Y en el sentido más profundo, creo que ésta es la respuesta; que esperan lo imposible, es decir, lo universal. No están pidiendo la luna, que sería un deseo definido y por ende defendible. Están pidiendo el mundo; y cuando lo tuvieran, querrían otro. En última instancia quisieran probar toda situación, no en su fantasía sino de verdad, pero no pueden decir que no a ninguna, y por eso no pueden decidirse por ninguna. Esto, en cuanto a que es lo que se respira actualmente, es algo tan letal que ya está muerto. Lo que se necesita vitalmente en todas partes, tanto en el arte como en la ética, tanto en la poesía como en la política, es la elección; un poder creativo tanto en la voluntad como en la mente. Sin esa autolimitación, ningún ser vivo podrá ver la luz.

APÉNDICE
DIVORCIO *VERSUS* DEMOCRACIA

1916

PRÓLOGO

Me han pedido que transforme en panfleto este artículo un poco precipitado que salió en *Nash's Magazine*, así lo hago, con permiso del director. El estilo periodístico, algo caótico, ya no lo puedo remediar. Las convicciones en que se basa no cambian; son inalterables. De hecho, hasta donde las circunstancias las han cambiado desde entonces ha sido para fortalecerlas. Hasta donde había algo esporádico y aparentemente irrelevante en la composición, se debía en parte a que me enfrentaba a un mal que era difuso e indefinible, tentativo y a la vez ubicuo. Desde entonces, ese mal ha madurado y ha explotado, primordial mente en el norte de Europa. Por ese hábito histórico que suele hacer de algún pueblo europeo el abanderado de alguna tendencia social, que hizo del Imperio un Imperio Romano y de la Revolución una Revolución Francesa, los alemanes del norte se han erigido en los campeones de ese cambio moderno por el que el Estado sería infinitamente superior a la Familia. Incluso se afirma que la autoridad política prusiana ya está animando al abandono de la moralidad común por el bien de la demografía; incluso si esto tan horrible fuese incierto, es muy significativo que pueda decirse verosímilmente de Prusia, y no de ningún otro Estado cristiano. Y a la luz de la acción nueva, es posible rastrear con más claridad la tendencia hacia el divorcio, como también esa tendencia hacia las otras instituciones paganas de la esclavitud, que con toda seguridad lo habrían acompañado. Pero la fuerza esclavizadora llegó demasiado pronto en Europa, y todo el movimiento se ha quedado parado.

Aun así, me parece significativa la importancia que han dado las mismas circunstancias a algo que yo formulé. Se puede resumir como el patriotismo del hogar. En la experiencia de la nacionalidad, no admitimos que ningún exceso de desesperación pueda entrar en el mismo mundo lógico que la deserción. La tragedia, por grande que sea, no tiene que dar lugar a la traición. La idea cristiana del matrimonio concibe el hogar como autogobernante, de manera análoga a un estado independiente; es decir, que puede incluir la reforma interna e incluso la rebelión interna; pero debido al lazo, no contra él. De esta manera, es una especie de reformador permanente del Estado; pues al Estado se le juzga según pese positivamente o negativamente sobre la plenitud y la fertilidad humanas de la familia libre. Así, el Decenvirato fue condenado y defenestrado porque sus poderes públicos permitieron una injusticia contra la pureza de una familia privada. Así, la revuelta medieval contra el impuesto de capitación comenzó porque la autoridad oficial insultó a la autoridad paterna. A los hombres no se les perdonan los pecados ahora, ni se les perdonaban antes, por ser funcionarios; y si los asuntos domésticos de los pobres se confiaran alguna vez a meros abogados e inspectores, pronto se encontrarían los pobres en situaciones que no tienen otra salida que la espada de Virginio[31] y el martillo de Wat Tyler[32]. En cuanto al sector de los ricos que siguen buscando una solución servil, lo que están buscando, naturalmente, es la extensión del divorcio. No es más que *divide et impera*; necesitan dividir los sexos para dividir a los trabajadores. El mismo cálculo económico que les hace animar a la tiranía en el taller les hace animar a la licencia en la familia. Pero ahora se han levantado contra ellos las familias libres de cinco grandes naciones; y el plan ha fracasado.

DIVORCIO *VERSUS* DEMOCRACIA

En el tema del divorcio nunca he afirmado ser imparcial, pues jamás le he encontrado significado inteligente a esa palabra. Simplemente afirmo que

tengo razón. También afirmo que soy representativo: es decir, democrático. Habrá quien crea en la democracia y habrá quien no. Sería tremendamente injusto ocultar el hecho de que hay dificultades en las dos posturas. La dificultad de creer en la democracia es que es muy difícil, igual que creer en Dios y en tantas otras cosas buenas. La dificultad de no creer en ella es que no hay otra cosa en que creer. Quiero decir que no hay otra cosa en la tierra, ni en la política terrenal. Si los dioses no seleccionan la aristocracia, tendrán que seleccionarla los hombres. Puede que se permita negativa y pasivamente, pero la tiene que permitir o el cielo o la humanidad; de otra manera, no tiene más autoridad moral que un carterista afortunado. Es infantil hablar de «superhombres» o «la aristocracia natural» o «los sabios selectos». «Los sabios selectos» tienen que ser aquellos que los demás consideran sabios, que en muchos casos son tontos; o bien aquellos que se consideran sabios a sí mismos, que son tontos sin excepción.

Pues bien, si uno cree en la democracia, como es mi caso, como una gran confianza en el juicio activo y pasivo de la conciencia humana, entonces uno no puede dudar, no puede ser «imparcial» en cuanto al divorcio; y especialmente en cuanto a la extensión democrática del divorcio. Al que sea demócrata en cualquier sentido de la palabra, le tiene que resultar esa extensión como el último y el más vil de los insultos que les ofrecen los ricos de hoy a los pobres de hoy. Los ricos creen mayormente en el divorcio; los pobres creen sobre todo en la fidelidad. Pero los ricos de hoy son poderosos, y los pobres no tienen poder. Por eso, los ricos llevan años, décadas, predicando sus propias virtudes. Ahora que han empezado a predicar también sus vicios, creo que es hora de rebelarse.

Existe una objeción tremenda y elemental a la popularización del divorcio, antes que cualquier consideración de la naturaleza del matrimonio. Es como un abecedario en letras tan grandes que no se ven. Es así: que incluso si la democracia estuviese tan poderosamente, tan profundamente a favor del divorcio como de hecho está en contra, cualquiera con sentido común sabe que hoy día la cosa se dirigirá probablemente contra la democracia, y con toda seguridad lo hará la plutocracia. La gente por lo visto olvida que, en una sociedad donde el poder va unido a la riqueza, y donde la riqueza es un estado extremo de desigualdad, la extensión de los

poderes de la ley significa algo totalmente distinto a la extensión de los poderes del público. Por lo visto olvida que hay una gran diferencia entre lo que definen las leyes y lo que hacen. A una pobre mujer que se encontraba en una taberna pobre le pusieron una multa ruinosa, por darle al niño un sorbito de cerveza clara. Nadie supone que la ley estigmatizase la acción porque la realizase una pobre mujer en una taberna pobre. Pero desde luego que nadie se atreverá a fingir que a un rico que le diese al niño un sorbito de champán lo castigasen tanto; ni que lo castigasen en absoluto. Lo he presenciado muchas veces en casas señoriales; mis anfitriones se habrían sorprendido si hubiera salido a llamar a la policía. La ley condena teóricamente a cualquiera que intente frustrar a la policía, o incluso que no le ayude. Pero a los motoristas ricos se les deja mantener un servicio organizado de detectives antipolicía —conspicuamente uniformados— cuyo único fin es indicarles cómo evitar que los cojan. Nadie supone tampoco que la ley diga expresamente que el derecho de organizarse para evadir las leyes sea un privilegio de los ricos pero no de los pobres. Pero tomemos como ejemplo la misma prueba práctica. ¿Qué diría la policía, qué diría el mundo entero, si hubiera en las calles hombres uniformados de verde y amarillo, y todos supieran que su misión era avisar a los carteristas de la presencia de un policía de paisano? ¿Qué diría el mundo, si funcionarios conocidos con gorras de plato vigilasen de noche para avisar al ladrón de que lo espera la policía? Pero no hay diferencia moral entre la evasión de esa red policial y la otra red policial, la red policial que impide que el motorista mate a un niño como si fuese un pollo; que impide el asesinato más frívolo, la muerte repentina más penosa.

Pues bien, la ley del divorcio del pobre se aplicará exactamente como se aplican las demás. Todos deben de saber que significaría, en la práctica, que los hombres bien trajeados, médicos, magistrados e inspectores, tendrían más poder sobre las vidas familiares de los mal vestidos, obreros, fontaneros y camareros. Nadie tendrá el descaro de afirmar que signifique que obreros, fontaneros y camareros tengan más poder (individual o colectivamente) sobre las vidas familiares de médicos, magistrados e inspectores. Nadie osará afirmar que, al ser el divorcio una cuestión de Estado, entonces el ciudadano pobre tendrá el poder, directo o indirecto, de

divorciar a la duquesa del duque o al banquero de su esposa. Pero a nadie le parecerá inconcebible que el poder de las familias ricas sobre las familias pobres, que ya es grande, el poder del duque como terrateniente, el poder del banquero como prestamista, pueda verse considerablemente incrementado si armamos a los magistrados con más poderes para interferir en la vida privada. Porque los duques y los banqueros muchas veces son magistrados, y siempre amigos y parientes de los magistrados. Los obreros, no. El obrero se verá sometido a los nuevos experimentos; nunca será el que los realice. El pobre será el que muestre ante los ojos imaginativos de la ciencia todos esos horrores que, según los corresponsales de los diarios, claman por el divorcio: el alcoholismo, la locura, la crueldad, la enfermedad incurable. Si es lento en su trabajo para el amo, dirán que es «defectuoso». Si está agotado de trabajar para el amo, dirán que está «degenerado». Si ve la oportunidad de trabajar para sí mismo en lugar de trabajar para el amo, dirán que está evidentemente loco. Si nunca se le ofrece la oportunidad de trabajar para ningún amo, dirán que no sirve para trabajar. Todas las vergüenzas amargas, todos los enredos que acompañan a la pobreza extrema, se usarán para romper la felicidad conyugal, como ya se usan para romper la autoridad paterna. El matrimonio se considerará un fracaso siempre que sea una lucha; igual que a los padres ingleses de hoy los mandan a la cárcel por descuidar a los hijos a los que no pueden alimentar.

Citaré un solo ejemplo de la enormidad y de la tontería que implican realmente estas propuestas para la extensión del divorcio. Muchos de los que participan en la polémica en los periódicos aluden a la crueldad. ¿Qué significa realmente, desde el punto de vista de las clases prósperas y desde el punto de vista de las clases trabajadoras? Miremos primero a las clases prósperas. Todos sabemos que aquellos que describimos como caballeros profesan una tradición especial, en parte caballerosa, en parte simplemente moderna y refinada: la tradición que les prohíbe «ponerle la mano encima a una mujer, si no es con cariño». No quiero decir que haya que ser caballero para aborrecer el sometimiento de la mujer por la fuerza bruta; eso lo aborrece cualquiera. Quiero decir que siente algo ritual, algo tabú, en el hecho de poner la mano encima. Si algún caballero (de verdad o de pacotilla) pega a su esposa, aunque sea flojito, siente que ha hecho una de

esas cosas que dan escalofríos, algo que se acerca al límite, como decir el Padrenuestro al revés, tocar un caldero caliente, darle la vuelta al crucifijo o «romper la promesa». La esposa tal vez perdone al marido más fácilmente por esto que por otras cosas; pero al marido le costará perdonarse. Es un sentimiento puramente de clase, como la aversión de los pobres por los hospitales. ¿Qué efecto tiene este sentimiento de clase sobre el divorcio entre las clases altas?

El primer efecto, naturalmente, es que favorece esos divorcios fraudulentos tan corrientes entre las clases pudientes. Quiero decir que donde hay colusión, se recuerda un empujoncito, se exagera, o se inventa; pero al juez tan solemne le parece algo muy solemne, tratándose de personas de su misma clase social. Pero aun fuera de esos casos, nos sigue sirviendo la misma prueba para las clases pudientes. A todos los caballeros que sienten o fingen este especial horror, les parece mal que un caballero traspase el límite; les parece que hay locura, o un odio personal, o persecución. Incluso les puede parecer algo peor. Si un hombre de costumbres lujosas, que vive en un ambiente artístico, es cruel con su esposa, se puede relacionar con alguna perversión sexual, como se afirmó (no sé con qué grado de veracidad) en el caso del millonario Thaw. No hay que negar que en esos casos está justificada la separación, cuando no el divorcio.

Pero esta prueba de crueldad técnica, que aplicada a los ricos sirve, aplicada a los pobres es una locura sin sentido. La mujer pobre no decide que su marido sea un matón según le haya pegado alguna vez o no. Sería como decir que el colegial decide si otro colegial es un matón según se le haya ido la mano alguna vez. La esposa pobre, como el colegial, decide que es un matón si es un matón. Sabe que los malos tratos pueden ser un crimen, pero que a veces se pega a la mujer en defensa propia. Nadie sabe mejor que ella que su marido aguanta mucho; a veces por culpa de ella; a veces la que está justificada es ella. Se lo cuenta al magistrado una y otra vez; en todos los juzgados, hay mujeres con el ojo morado explicándoselo a jueces ciegos. En todas las calles se revuelven las mujeres contra el bienintencionado caballero andante que interrumpe un malentendido efímero. En las vidas de estas personas, las habitaciones están repletas, los

nervios están a flor de piel, las salidas naturales están prohibidas. En estas sociedades, tan abominable es castigar o divorciar por un golpe, como sería castigar o divorciar a un caballero por un portazo. Pero es indudable que, si alguna vez se pusiera el divorcio al alcance del pueblo, se aplicaría con ese mismo espíritu que se toma el golpe muy en serio. Quien lo dude no sabe en qué mundo vive.

Hoy es frecuente que la gente hable de *amor libre* como si fuese algo así como *plata libre*, un nuevo e ingenioso plan político. Parece que olvidan que es tan fácil saber cómo sería, como lo es saber cómo sería el matrimonio legal. El amor libre ha existido en todos los pueblos desde que el mundo es mundo; y está muy claro lo primero que sabe de él todo hombre de mundo. Jamás produce esa pureza salvaje, esa libertad perfecta que le atribuyen sus adeptos. Si algún periódico tuviese la valentía de titular una columna: «¿Es un fracaso el concubinato?, —en lugar de—: ¿Es un fracaso el matrimonio?», la memoria personal de cada uno respondería: «Sí». Hoy se cita continuamente alguna expresión salvaje de los monjes eremitas (cuando toda una civilización enloquecía de remordimiento), en torno al peligro de la mujer, de que era un espectro, una serpiente, un fuego destructor. El convento de monjas, situado sólo a unos kilómetros, probablemente describía también al hombre como una serpiente y un espectro; pero sus obras no han llegado hasta nosotros.

Era muy sensato todo este ingenio antiguo en contra de Benedicto[32], el hombre casado. Pero también lo era la soltería de los viejos monjes, los autores de ese ingenio. Es cierto que, al enredarnos con otra alma de la manera más tierna y más trágica, nos convertimos probablemente en mártires, o nos ponemos en ridículo. Casi todas las denuncias modernas en contra del matrimonio parecen copiadas directamente de los escritos del monje más loco. El ataque sobre el matrimonio es un argumento a favor del celibato. No es un argumento a favor del divorcio. Pues ese enredo que el celibato ciertamente evita, el divorcio simplemente lo duplica y lo repite. Puede que, para cierto caballero africano, fuese un consuelo solemne el hecho de no tener esposa. No puede ser sino una contrariedad para el caballero americano el hecho de no saber muy bien qué esposa tiene. Si el progreso significa, como define absurdamente Herbert Spencer, «un avance

de lo sencillo a lo complejo», entonces ciertamente el divorcio forma parte del progreso. No puede haber nada más complejo que la condición del hombre que por fin ha sentado la cabeza cuatro o cinco veces. Nada puede haber más complejo que la posición del licencioso que no sólo ha tenido diez amoríos, sino diez amoríos legales. En cierto sentido, el amor libre puede significar hombres libres. Pero el divorcio más libre los atraparía en la red más complicada que jamás se haya tejido en este mundo malvado.

La tragedia del amor está en el amor, no en el matrimonio. El matrimonio desgraciado sería tal vez igualmente desgraciado como concubinato, y mucho más como simple amorío. La legalidad o no del lazo le importa algo a la parte infiel; a la parte fiel no le importa nada. El *pathos* descansa sobre el hecho tan sencillo de que, si alguien provoca en otro pasiones o afectos, es responsable de ellos mientras duren, como es responsable el que provoca una inundación o un incendio. El remedio sería no provocarlos, como el ermitaño. Su castigo, si lo merece, es pasar el resto de su vida intentando remediar el daño que ha hecho. Su salida es la desesperación, que se llama, en este contexto, divorcio. Porque todo hombre sano siente en el alma un hecho fundamental. Siente que necesita tener una vida, y no una serie de vidas. Prefiere que el drama humano sea una tragedia antes que una comedia de *music-hall*. Cada hombre desea salvar las almas de todos los hombres que ha sido: la del colegial churretoso, la del joven dubitativo y morboso, la del amante, la del marido. La reencarnación siempre me ha parecido un credo frío, porque cada reencarnación debe olvidar a la anterior. Sería aún peor que esta corta vida humana estuviese fragmentada en vidas aún más cortas, cada una de ellas olvidada a su vez.

El demócrata que además desea ser honrado —es decir, que quiere saber qué desea el pueblo, y no simplemente cómo podemos convencerlo de que pida lo que nos conviene— no duda de que esto es lo que quiere. Sólo podemos saberlo si buscamos la naturaleza humana en otro lugar que no sea el resultado de las elecciones; pero una vez que la hemos buscado, la vemos y no la olvidamos jamás. Desde el hecho de que a todos nos parece natural que los jóvenes inscriban sus nombres en los árboles, hasta el hecho de que a todos nos parece antinatural que a los ancianos los separen de las ancianas

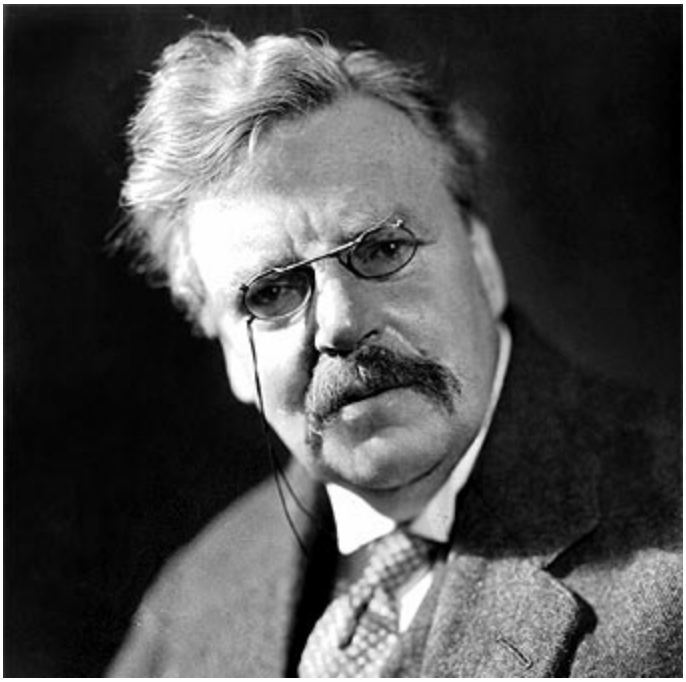
en los asilos, hay millones de detalles cotidianos que demuestran que a todos la relación nos suele parecer permanente, no como visión, sino como voto.

Ahora, en cuanto a las excepciones, ya sean verdaderas o falsas: yo señalaría una omisión rara, incluso tonta, en la discusión de estas excepciones, que ha rondado la mayoría de los argumentos a favor de ampliar el divorcio. El pedante, el poeta que aboga por este punto de vista siempre canta la misma canción: «El matrimonio tal vez sea lo mejor para la mayoría, pero existen caracteres excepcionales que necesitan una experiencia más ondulante; la fidelidad está muy bien para el rebaño, pero existen caracteres complejos, casos complejos para los que nadie recomendaría la fidelidad. No pido (en el momento presente del progreso) la abolición del matrimonio; por la presente solicito que se rescinda en esos casos individuales y extremos».

Me resulta asombroso que alguien que haya deambulado por el mundo cometa semejante error en cuanto a la humanidad. Está más que claro que, si pedimos excepciones terribles, las conseguiremos; conseguiremos demasiadas. Sí se me permite, voy a proponer otra parábola. Supongamos que publico un anuncio en la prensa, pidiendo alguien que sea lo bastante tonto como para ser administrativo. Lo más seguro es que no reciba respuesta alguna; una a lo sumo. Y probablemente, la que recibiese sería del único que no es tonto. Pero supongamos que anuncio que necesito a alguien que sea lo bastante listo como para ser administrativo. Mi despacho se vería instantáneamente asediado por los tontos más tontos de los cuatro reinos. Si pedimos excepciones, no estamos pidiendo otra cosa que egoístas. Si pedimos egoístas, estamos pidiendo idiotas. Es el pesado el que se cree que su caso es interesante. Es el hombre corriente el que se cree que su caso es especial. Es el aburrido el que se cree un poco gamberro. Si pedimos únicamente extrañas experiencias del alma, abriremos las puertas de todos los manicomios. No sé qué teoría será la acertada, pero esta de las excepciones es evidentemente errónea; o, lo que importa más a nuestros ateos de hoy, es evidentemente poco profesional. Además, para cualquiera con sensibilidades políticas populares, es una traición muy profunda y sutil. Al premiar así lo excepcional, engañamos burdamente la inconsciencia de

lo normal. Qué raro resulta que se olvide que no sólo las diferencias de una nación son sagradas, sino también su indiferencia. La apatía pública es también una opinión pública, y a veces es una opinión muy sensata. Si pido que todos voten dando su opinión de las Comidas Minerales, y no hay ni una sola papeleta en las urnas, puedo decir que los ciudadanos no han votado. Pero sí que han votado.

El principio defendido por el pueblo, contra el cual se está orquestando esta conspiración plutocrática, no es más que el principio expresado en la liturgia con las palabras: «En la salud y en la enfermedad». Es el principio de que todas las cosas nobles hay que pagarlas, aunque sólo sea con una promesa. Uno no saca sus intereses de Inglaterra como los saca de las Letras del Tesoro. Uno no es inglés si no es capaz de aguantar incluso el derrumbamiento y la muerte de Inglaterra. Y al igual que todo ciudadano es un soldado en potencia, así todo esposo es enfermero o incluso loquero en potencia. Porque, aunque a todos nos parecería bien mitigar ciertas tragedias mediante la separación célibe, sin embargo, cuanto más amor y honor haya habido en un matrimonio, menos mitigación habrá al separarse. Pero este sano instinto público, referido tanto al patriotismo como al matrimonio, también insiste en que el primer voto u obligación no se borrará y olvidará simplemente, sino que se mitigará. Muchas mujeres buenas han amado y rechazado a un hombre dudoso, prometiendo que no se casarían con otro; la antigua institución matrimonial siente lo mismo por la tragedia postmatrimonial. La cosa sigue siendo real; nos ata a algo. Si me exilio de Inglaterra, me iré a vivir a una isla por ahí, y lo pasaré lo mejor posible. No seré patriota de ninguna otra tierra.



G. K. CHESTERTON (Campden Hill, 1874 - Londres, 1936). Crítico, novelista y poeta inglés, cuya obra de ficción lo califica entre los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura de su lengua. El padre de Chesterton era un agente inmobiliario que envió a su hijo a la prestigiosa St. Paul School y luego a la Slade School of Art; poco después de graduarse se dedicó por completo al periodismo y llegó incluso a editar su propio semanario, *G. Ks Weekly*.

Desde joven se sintió atraído por el catolicismo, como su amigo el poeta Hilaire Belloc, y en 1922 abandonó el protestantismo en una ceremonia oficiada por su amigo el padre O'Connor, modelo de su detective Brown, un cura católico inventado años antes.

Además de poesía (*El caballero salvaje*, 1900) y excelentes y agudos estudios literarios (*Robert Browning*, *Dickens o Bernard Shaw*, entre 1903 y 1909), este conservador estetizante, similar al mismo Belloc o al gran novelista F. M. Ford, se dedicó a la narrativa detectivesca, con *El hombre que fue Jueves*, una de sus obras maestras, aparecida en 1908.

A partir de 1911 empezaron las series del padre Brown, inauguradas por *El candor del padre Brown*, novelas protagonizadas por ese brillante sacerdote-detective que, muy tempranamente traducidas al castellano por A. Reyes, consolidaron su fama. De hecho, Chesterton inventó, como lo haría un poco más tarde T. S. Eliot o E. Waugh, una suerte de nostalgia católica anglosajona que celebraba la jocundia medieval y la vida feudal, por ejemplo, en Chaucer (a quien dedicó un ensayo), mientras que abominaba de la Reforma protestante y, sobre todo, del puritanismo.

Maestro de la ironía y del juego de la paradoja lógica como motor de la narración, polígrafo, excéntrico, orfebre de sentencias de deslumbrante precisión, en su abundantísima obra (más de cien volúmenes) aparecen todos los géneros de la prosa, incluido el tratado de teología divulgativo y de gran poder de persuasión.

Los ya citados relatos del padre Brown siguen la línea de Arthur Conan Doyle, mientras que los dedicados a un investigador sedente, el gordo y plácido Mr. Pond (literalmente «estanque»), inauguraron la tradición de detectives que especulan sobre la conducta humana a través de fuentes indirectas, desde Nero Wolf hasta Bustos Domecq, el policía encarcelado que forjaron Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, dos de los lectores más devotos que Chesterton ha tenido en el siglo XX.

Notas

[1] *Some sneer; some snigger; some simper; / In the youth where we laughed, and sang. / And they may end with a whimper / But we will end with a bang.* <<

[2] Ignacy Paderewski (1860-1941), pianista y patriota polaco. <<

[3] Jack Johnson (1878-1946), campeón de boxeo. <<

[4] Se refiere a una popular opereta de Gilbert & Sullivan, en que un personaje se felicita por haber nacido inglés. <<

[5] *Hedda Gabler*, obra de Ibsen escrita en 1890. <<

[6] *The Second Mrs. Tanqueray*, de *sir* Arthur Wing Pinero, estrenada en 1893. Obra teatral de conciencia moral y social, sobre una «mujer con pasado» que intenta reintegrarse en la sociedad «respetable». Provocó protestas y, por ello, disfrutó de un gran éxito. <<

[7] John Bunyan (1628-1688), escritor y pastor puritano, autor de *Pilgrim's Progress*, una de las alegorías religiosas más famosas de la literatura inglesa. <<

[8] George Augustus Moore (1852-1933), irlandés, autor de novelas, relatos, poesía, teatro, memorias y críticas de arte. <<

[9] Harvey Granville Barker (1877-1946), actor, director, productor, crítico y autor teatral. <<

[10] Fenianos: sociedad secreta independentista irlandesa. Fabianos: influyente movimiento socialista inglés, al que perteneció G. Bernard Shaw. <<

[11] Clare: beligerante condado irlandés independencista. Clapham Junction: población cercana a Londres, antaño rural. <<

[12] Organización conservadora británica (1883-2004). <<

[13] Charles Stewart Parnell (1846-1891), dirigente político irlandés, una de las figuras más importantes de Irlanda y el Reino Unido en el siglo XIX. <<

[14] Thomas Michael Kettle (1880-1916), escritor, abogado, economista y político moderado perteneciente al Home Rule Irish National Party. <<

[15] Se refiere a Nabucodonosor. <<

[16] Thomas de Quincey (1785-1859), ensayista ingles, autor de *Confessions of an English Opium Eater*. <<

[17] Walter Besant (1836-1901), escritor y novelista inglés. <<

[18] Belfort Bax (1854-1926), filósofo, socialista y sociólogo inglés. <<

[19] Hawley Harvey Crippen (1862-1910), médico homeópata americano que murió ahorcado en Londres por el asesinato de su esposa. <<

[20] Eugene Aram (1704-1759), maestro inglés, sospechoso de fraude junto con el zapatero Daniel Clark, al que supuestamente asesinó, por lo que fue ejecutado. <<

[21] Charles Lamb (1775-1834), ensayista y crítico inglés. <<

[22] Referencia a *Como gustéis*, de Shakespeare. <<

[23] Arthur Balfour (1848-1930), estadista y escritor británico. <<

[24] Pasht, diosa egipcia de la vida y la fertilidad, con cabeza de leona. <<

[25] Édouard Adolphe Drumont (1844-1917), fundador de la Liga Antisemita de Francia. <<

[26] Edmund Sidney Pollock Haynes (1877-1949), abogado y escritor británico. Hilaire Belloc le dedicó *El estado servil*. <<

[27] Josiah Wedgewood (1872-1953), escritor, militar y estadista británico. <<

[28] Referencia a *Sybil, or the Two Nations*, novela de Benjamin Disraeli. Decía que Inglaterra se dividía en dos clases, amos y esclavos. <<

[29] Alfred Naquet (1834-1916), médico, químico, jurista y político republicano francés, promotor del divorcio y de la separación Iglesia-Estado. <<

[30] Ferdinand Foch (1851-1929), mariscal de campo y Comandante en Jefe de los Ejércitos aliados durante la Primera Guerra Mundial, llevó a los Aliados a la victoria y recibió la rendición alemana. <<

[31] Condado irlandés; junto con Clare, zona de fuerte independentismo durante la dominación británica. <<

[32] Referencia a *Mucho ruido y pocas nueces*, de Shakespeare. <<